

CURSOS Y CONFERENCIAS

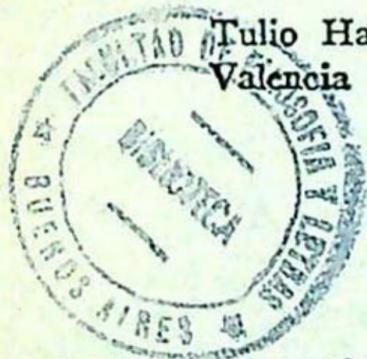
DESPLEGADO

SUMARIO

ROBERTO F. GIUSTI	Presencia de Aníbal Ponce
PABLO LEJARRAGA	Aníbal Ponce y los deberes de la inteligencia
MARTHA SAMATAN	Aníbal Ponce y la educación argentina
ENRIQUE PEZZONI	La idea de la palabra en el "Cancionero de Unamuno" - I
ERNESTO EPSTEIN	El problema de la educación musical en la Argentina - II
ALFONSO CORRADINI	Enrique Ferri y la escuela positiva

LIBROS

Tulio Halperín Donghi: Un conflicto nacional: moriscos y cristianos viejos en Valencia (Nilda Guglielmi) — Enrique Anderson Imbert: Qué es la prosa (Isaías Lerner)



REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES

VOLUMEN LIII
NUMERO 282

AÑO XXVII

SEPTIEMBRE
DE 1958

DESPLEGADO

CURSOS y CONFERENCIAS

REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES

Se publican cuatro números anuales

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 168796

En la revista aparecen conferencias y resúmenes de clases pronunciadas en el Colegio Libre de Estudios Superiores, cuyo texto ha sido autorizado por los autores; también se publican ensayos de interés científico y literario, y sobre la educación y sus problemas.

En cada entrega hay una reseña de las actividades desarrolladas por el Colegio y un panorama de la actividad cultural argentina.

ARGENTINA y AMERICA LATINA: Suscripción anual \$ 60 m/n. argentina.

OTROS PAISES: suscripción anual, cinco dólares.

CURSOS Y CONFERENCIAS no está a la venta en librerías. Sólo circula entre sus socios y amigos, como órgano de la institución.

Dirección y Administración:

CALLAO 468, 1er. piso, Oficina 7 A - T. E. 45-7436

BUENOS AIRES — ARGENTINA

SUMARIO DEL NUMERO ANTERIOR

ALFREDO A. ROGGIANO: Vida y cultura en Baldomero Sanín Cano.
ERMILO ABREU-GOMEZ: Discurso de la prosa castellana — CARMELO M. BONET: Variaciones sobre un viejo tema — ANGEL DIEGO MARQUEZ: Una experiencia en la enseñanza secundaria — RODOLFO N. PANZARINI: El año geofísico internacional — NOTAS: El Gran Premio de Honor de la SADE — Especialización y universalidad de cultura — VIDA DEL COLEGIO: Seminario Amado Alonso — Filial de Rosario — Filial de Bahía Blanca.

Esta entrega N° 282 de CURSOS Y CONFERENCIAS se terminó de imprimir el 30 de diciembre de 1958 en los Talleres Gráficos "Continental" de Gurfinkel Hijos S.R.L., Lavalle 1671, Buenos Aires (Argentina)

Correo Argentino Cor. Central B	FRANQUEO PAGADO Concesión N° 1849
	TARIFA REDUCIDA Concesión N° 259

16-4-8
DESPLGADO

AÑO XXVII

Volumen LIII

Número 282

C U R S O S

Y

CONFERENCIAS

SETIEMBRE

DE 1958

Buenos Aires



Presencia de Aníbal Ponce

por ROBERTO F. GIUSTI

Le he pedido prestado a Pablo Lejarraga el título de la lectura con que participo en este homenaje a Aníbal Ponce. Era el que él pensó al principio adoptar para el anuncio de la suya. Presencia de Aníbal Ponce. Así es. No ya sólo presente en la memoria del Colegio Libre de Estudios Superiores, entre cuyos fundadores se contó, respondiendo, el más entusiasta, el más activo, al llamamiento de Luis Reissig, sino presente también en la tradición intelectual argentina, entre los espíritus representativos de aquella generación que, al despertar a la vida intelectual, se iluminó con las maravillosas esperanzas que hacía concebir, al cese de la primera guerra mundial, la nueva era prometida a la ilusión humana, afortunadamente siempre renovada en los tiempos.

Ya no escuchamos su voz persuasiva, trasmisidora de ideas en las aulas y salas de conferencias, ni sabrían medir las nuevas generaciones, cómo desenvolvía él sin descanso día a día la acción firme y clarividente en pro de la elevación espiritual del hombre y su liberación de cadenas morales y materiales, aquella acción que sus amigos y compañeros le vimos desplegar y queda incorporada a la historia política e intelectual argentina del período que corrió entre las dos guerras mundiales, con difícil discriminación, como ocurre en todos los casos semejantes, de la exacta contribución individual; pero vive, henchida de perspicaces observaciones, nobles enseñanzas e incitaciones fecundas, su obra impresa, la cual sé que es todavía, como la de su maestro y amigo Ingenieros, alimento de muchos espíritus.

En esa obra yo distingo tres centros de interés, diré con una definición técnica tomada al lenguaje de la educación. El primero es la

atracción que ejerció sobre Ponce nuestra historia, aquella que según el diseño trazado por Ingenieros en la *Evolución de las ideas argentinas*, corrió por las cauces del pensamiento liberal del siglo XIX; el segundo, su preocupación por la formación mental del niño y, principalmente, de los adolescentes; el tercero, su adhesión a los ideales de la Revolución Rusa. Tres intereses intelectuales distintos, pero coincidentes en la persecución de un interés ideal supremo: aquel que, precisamente, lo impulsó, en los últimos años de su vida, a la militancia política y cultural: por la elevación moral del hombre, por su liberación de cadenas y prejuicios esclavizadores.

Los que admiramos su capacidad para animar la historia de una prosa límpida, incisiva y significativa, lamentamos en ciertas horas que sus evocaciones del pasado argentino quedaran circunscritas a las bellas biografías de Amadeo Jacques, Avellaneda, Mansilla, Wilde, Lucio López y Cané, a la resurrección cariñosa de la vejez de Sarmiento y a la posterior excelente biografía del constructor de la nueva Argentina. En nuestra literatura, al lado de las cinceladas biografías que escribió Groussac en *Los que pasaban*, yo no sabría poner ninguna otra antes de las de Ponce, pertenecientes a la misma familia literaria. Eran los ensayos de un joven maestro —el primero, sobre Wilde, escrito y premiado antes de los veinte años—, lector de los severos clásicos del género en el siglo XIX: cuadros de líneas amplias, ricos en rasgos precisos y evocadores. Ponce toma una vida, la coloca en su ambiente, la desenvuelve, la analiza, la explica, y, además, sin perder la serenidad del historiador ni adoptar el pedantismo didáctico, la ofrece como ejemplo y enseñanza de errores y aciertos, relacionándola con el destino de la Argentina y con su tradición más genuina en el campo de las ideas políticas, que es la de la Revolución de Mayo por la línea democrática y liberal. Confirmaba aquellas peregrinas promesas pocos años después la ya recordada biografía de Sarmiento, admirable por el sabio equilibrio existente en ella entre la docencia que comporta toda biografía ejemplar y los elementos pintorescos vivificadores. En 1927 confesaba melancólicamente en el prólogo a *La vejez de Sarmiento*, no haber escrito la obra soñada en la juventud. ¿Y por qué no habría de escribirla, siendo aún tan joven, de no torcer su destino una expulsión de la cátedra y persecución canina que lo obligó a expatriarse, para morir desdichadamente en tierra de México? Es cierto que otros intereses intelectuales —los que antes

enuncié—, haciéndole imperiosas señas lo habían reclamado, pero aquella vocación suya de historiador animado de una gran pasión no se había extinguido. Él se la había diseñado mentalmente aquella historia por hacerse, años antes de escribir aquel prólogo. Fue, juzgando en 1921 el libro del doctor Ramón Cárcano *Del sitio de Buenos Aires al campo de Cepeda*. Después de reprocharle al historiador la falta de relieve en sus evocaciones, “desearíamos —decía el crítico— trasportarnos al pasado, reviviéndolo con su color y con su acento, que nos mezclara de lleno en el tumulto de la época y encendiera en nuestras almas sus devociones y sus odios; querríamos verlo al doctor Cárcano alternativamente porteño con Alsina y provinciano con Urquiza, vociferando con Tejedor los rencores del localismo y descargando con Derqui, sobre la ciudad patricia, la amarga envidia de tierra adentro; que su estilo fuera a la vez lírico y tenso, elegíaco y rotundo, llameante y satírico; con todos los matices de expresión, porque los hay de todos en la trama de la vida”.

¿A quién estaría leyendo el joven crítico e historiador en cierne en esos días para trazarse ese perfecto programa? ¿A Macaulay, a Michelet, la historia de la Revolución Francesa de Carlyle? Y a propósito del juicio leído, lamentamos también al notable crítico que se perdió en él. La crítica fue su primer actividad literaria, ejercida con franqueza insobornable, con valentía no reñida con el decoro, con agudeza y chispa. En la revista *Nosotros* y en otras publicaciones quedan excelentes páginas suyas, como para formar un ameno e instructivo volumen.

En ocasión de su infortunada muerte, celebrando su fervor y su estilo en este mismo Colegio, yo arriesgué la suposición de que Ponce se inspiró en el ejemplo de Sarmiento para dar nuevo curso a su vida. En torno de Sarmiento y la generación que había mantenido su antorcha ahuyentadora de tinieblas, había girado el pensamiento del joven ensayista durante dos lustros largos. Pero, cuando el corazón generoso se acerca a tales espíritus tonificadores, la labor cumplida a la luz de la lámpara y entre las cuatro paredes de una habitación, acaba por resultarle mezquina e insuficiente. Sarmiento fue la acción y principalmente la acción mediante la palabra. Le llegó a Ponce la hora en que comprendió que el Verbo debía completarse con la Acción, convertirse ambos en un mismo instrumento. Escúchese este párrafo del prólogo puesto a *La vejez de Sarmiento*. Se refiere al gran anciano:

“Como su influencia no se detenía en las letras y llegaba lo mismo a la educación y a la política, a la investigación científica y a la técnica mecánica, era, pues, una explicación total de la cultura entre nosotros lo que yo me había propuesto... Mi precoz liberalismo no perdía momento de afirmarse, la obra debía concluir mostrando lo que los hombres del Ochenta no supieron ver: el significado profundamente humano del movimiento socialista”.

Como se ve, el proceso estaba en marcha. Un paso más, y ya no le bastaría a Ponce mostrar aquel significado del movimiento socialista con la objetividad del historiador, sino que lo actuaría desde la tribuna y el libro de ideas, arrojándose a las luchas apasionadas del ágora. Sin duda pensaba con Lenin que “es más agradable y útil la experiencia de una Revolución que escribir acerca de ella”.

¡Y qué gigantesca experiencia tuvo la generación de Ponce, tuvo la nuestra, que apenas se le adelantaba de unos dos lustros! ¿Cómo volver a vivir los días alarmantes, pero de esperanza y de fe que mediaron entre el jubiloso armisticio del 11 de noviembre de 1918 y la desastrosa Paz de Versalles mientras ascendían al cielo las rojas llamaradas de la Revolución Rusa, en las que muchos creímos ver una aurora!

A la conversión de la palabra escrita, meditada en el silencio del gabinete, al Verbo-Acción, no fue ajena la fuerte influencia ejercida por José Ingenieros, con quien Ponce se había vinculado hacia 1920, vuelto asimismo el historiador de la *Evolución de las ideas argentinas* a los amores de su juventud, por él llamados al concluir la guerra y en coincidencia con la convulsión que estremecía al mundo, “los ideales” o “los tiempos” “nuevos”. No puedo seguir paso a paso el proceso espiritual que se operó en aquellos lustros en Ponce, pues, aunque amigo suyo y compañero de ideales, no viví en su intimidad; además el examen de aquel proceso, siquiera hecho a través de sus escritos, pide un cuidadoso análisis que hoy no podría proponerme en esta breve introducción a la conferencia del doctor Lejarraga. Las etapas del proceso, en cambio, se me aparecen bien precisas. Ponce se dijo sin duda: cada hora con su afán. Primeramente se volvió —catedrático, además, de psicología y colaborador de Ingenieros en la *Revista de Filosofía*— hacia el problema de la educación, persuadido como estaba de que hay que capacitar a los jóvenes a mirar con ojos lúcidos y valientes el pasado, y el presente, y el porvenir. Luego

se encaró directamente con los fenómenos históricos y sociales, a los que aplicó con rigor la dialéctica marxista, aunque sin condescendencias demagógicas ni bárbaras pedanterías verbales. De los problemas de psicología infantil pasó a los de la adolescencia, hasta centrar su análisis en el alma inquietante de María Bashkirtseff; y, ya en los últimos años de su estada en la Argentina, a considerar la educación a través de las sociedades antiguas y modernas en el cuadro de las luchas de clases, y a confrontar el humanismo burgués en la historia con el humanismo proletario anunciado por las nuevas ideas que él había abrazado.

Su militancia en la cátedra, la tribuna, el libro y la revista (después de suceder a Ingenieros en 1925 en la dirección de la *de Filosofía* a la muerte del fundador, fundó él una suya, *Dialéctica*, más íntimamente ligada a su posición mental) la completó con viajes a Europa, hasta llegar en el último a Rusia. No parece que las aberraciones del stalinismo hayan sacudido los cimientos de su fe comunista. Me guardaré muy bien hoy de pretender adivinar qué mudanzas podrían haberse producido en su espíritu, de haber él vivido, en los veinte años que han seguido a su muerte, tan ricos en enseñanzas, sobre las realizaciones y frustraciones de que ha sido teatro el planeta Rusia —como ha sido llamado ese nuevo mundo por un experto cronista italiano—, así como en los países satélites y en la inmensa China comunista. No tengo derecho a atribuirle a Ponce conjeturalmente mi profundo desengaño. Obraría de mala fe si en un acto celebrado en su homenaje me atreviera a convertirlo ideológicamente a mi antojo. Seguro es sí que Ponce jamás habría militado en otro partido que el “de los que buscan la verdad sin temor de encontrarla —empleo palabras de Ingenieros, extraídas del prólogo de la *Evolución de las ideas argentinas*— y de los que no envenenan las certidumbres grandes con dudas pequeñas”.

Piedra de toque de la sinceridad de su conducta y de la franqueza de su pensamiento es para mí la claridad y el rigor de su prosa. Ponce nunca declamó, nunca hinchó la boca con frases retumbantes, como lo hacen los demagogos. De su prosa puede afirmarse lo que él decía de la de Marx: que junta la austeridad de la doctrina con la nerviosidad de la polémica, el goce áspero del razonamiento con el más sutil de la ironía. Espíritu ático, formado en la línea de Erasmo, Voltaire, Renán, Anatole France, rehuyó todo engolamiento. Si algu-

na vez las velas de su prosa se hinchan, como ocurre en algunos pasajes de las hermosas conferencias reunidas bajo el título de *El viento en el mundo* —en el cual noto el sabor poético de Romain Rolland, una de las devociones de Ponce— es al soplo fresco del lirismo que animaba su palabra cuando les señalaba a los jóvenes los caminos del porvenir.

Presente está todavía Ponce en nuestros corazones. Los que por caminos torcidos lo empujaron a la muerte —que ellos, piadosos, habrán agradecido en sus oraciones como justo castigo de Dios— privaron a la Argentina de una luz cierta. Siempre me ha desvelado pensar cuántos frutos magníficos habrá cortado en flor el destino o cómo un accidente fortuito pudo haber extinguido altos valores que la humanidad reverencia; por ejemplo, si el coronel Crisóstomo Álvarez cumple la orden de fusilar al joven Sarmiento. Yo he conocido ocasionalmente a uno de los ejecutores, acaso el mayor responsable de la muerte de Ponce— indirecto, por cierto, ayudado por su Dios— al hacerle quitar la cátedra, al obligarlo a desterrarse y mandarlo perseguir en el destierro por nuestra representación diplomática y consular, despiadadamente, según la propia confesión que escuché indignado de sus labios cuando Ponce andaba en camino a Méjico. Es uno de los resucitados en los primeros días de la Revolución Libertadora, pronto barridos por el régimen democrático instaurado por el general Aramburu y el almirante Rojas. Ese servidor del Dios torvo y vengativo, que no es el de Amor del Evangelio, funcionario que siete años después del destierro de Ponce habría de comunicarme —¡qué casualidad!— mi cesantía de las cátedras, inquisidor que se mostró codicioso, aquel día en que tuve el desagrado de sentarme con él a una misma mesa, de colgar a Ponce —textual— cabeza abajo en la Plaza de Mayo, ¿adivinará alguna vez cuánto bien perdió la Argentina con la muerte temprana de quien tanta obra había hecho antes de los cuarenta años?

Nosotros sí lo sabemos con indestructible certidumbre y por eso tal pérdida nos duele como una mutilación.

ROBERTO F. GIUSTI

Aníbal Ponce y los deberes de la inteligencia

por PABLO LEJARRAGA

Aníbal Ponce fue uno de los fundadores del Colegio Libre, el 20 de mayo de 1930, un consejero de excepción y uno de sus grandes profesores.

Quando el Colegio Libre le rindió, apenas fallecido, el primer homenaje de su devoción, Luis Reissig, nuestro secretario y amigo suyo, asociando su nombre a otras dos figuras del Colegio Libre, también desaparecidas, Alejandro Korn y Narciso Laclau, dijo estas palabras que quiero recordar, porque aparte de pertenecer a la historia, diría íntima, de nuestra institución, nos dan el primer trazo de la personalidad de Aníbal Ponce:

“Quando paso lista a estos nombres —Laclau, Korn y Ponce— siento claramente por qué el Colegio pudo ser lo que es. Nuestras reuniones, cordiales hasta el afecto, me revelaron toda la dignidad de estos tres artesanos y artistas de la cultura argentina. Laclau, con preocupación generosa por los conflictos sociales, aspiraba a renovar la Universidad con un decidido aporte en la investigación científica, devolviendo a la vez al pueblo, en cultura elevada, lo que éste cumplía en el sacrificio de todos los días. Alejandro Korn, más escéptico, pero no menos generoso, sentía que su misión de creador había llegado a su límite, y que ahora le tocaba mezclarse a los hombres y darles a manos llenas el tesoro de su sabiduría y Ponce, con mayor clarividencia de la hora, comprendía que su labor cultural debía ser ante todo una labor social, y más que una obra de bondad, una decidida contribución a la justicia”.

La vida y la obra de Aníbal Ponce, en el período que va de 1930, año de nuestra fundación, a 1937, año de su exilio, que comprende

posiblemente los años de su más intensa labor y sus más recias definiciones ideológicas, está estrechamente vinculada al Colegio Libre, y en sus aulas pronunció los cursos memorables, que forman varios de sus últimos libros, y que en alguna manera jalonan la evolución de su pensamiento.

El primer curso lo fue en 1930, el mismo año de la fundación, sobre "Problemas de psicología infantil". A este curso siguió al año siguiente, en 1931, otro sobre "Psicología de la adolescencia", y en 1933 "Diario íntimo de una adolescente", que cierra su ciclo intensivo de estudios de psicología. A partir de entonces, en otro rumbo de sus orientaciones intelectuales, los cursos en 1934 sobre "La lucha de clases y la educación", en 1935 "Humanismo burgués y humanismo proletario", y finalmente, en 1936, su penetrante y recio "Examen de la España actual", en un momento dramático de la vida española, apenas producida la sublevación falangista.

Al término de su primer curso, Ponce pronunció estas palabras que son también palabras de la vida del Colegio, que vale recordar:

"El Colegio Libre de Estudios Superiores ha demostrado ya que merece vivir. Necesitamos por eso el apoyo de todos. En Estados Unidos ya tendríamos a esta hora un millón regalado por Carnegie y otro millón por Rockefeller. Entre nosotros no es así, pero no desesperamos.

"En el momento actual, además, las dificultades no son únicamente económicas, nadie sabe hoy hacia dónde va el país. Los destinos del Colegio Libre son solidarios con los suyos, y muy especialmente con el de la libertad que está en su nombre".

Son palabras de definición, dichas al empezar la marcha, que quiero sumarlas a las de la declaración de principios del Colegio, vigente todavía, y fresca todavía, a pesar del tiempo y acontecimientos, porque apuntan a una realidad y expresan anhelos que siguen siendo anhelos culturales y cívicos de la conciencia nacional.

Desde entonces y siempre, el recuerdo de Aníbal Ponce ha sido imborrable en esta casa y su espíritu ha vibrado en la vibración ininterrumpida de los días del Colegio Libre hasta hoy.

LA GENERACIÓN DEL 30 Y ANÍBAL PONCE

Pertenezco a una generación que podría denominarse la de 1930, generación política anunciada en la crisis de aquel año clave en el

país y en el mundo, que sintió la generosa influencia de Aníbal Ponce, y que mucho le debe en su formación mental y actitud moral.

Lo conocí personalmente a Ponce en los primeros meses precisamente del año 1930, cuando un grupo de estudiantes de la Facultad de Ciencias Económicas que formábamos una agrupación, "Acción Reformista", fuimos a solicitarle una conferencia para la inauguración de nuestro Ateneo; y así pronunció el 3 de junio de ese año la inolvidable conferencia, tantas veces citada, "Los deberes de la inteligencia".

Los jóvenes de aquel entonces conocíamos ya a Ponce a través de algunas de sus páginas y lo seguíamos a distancia.

Habíamos vibrado con sus apuntes "Para una historia de Ingenieros" que publicó en el número extraordinario de la *Revista de Filosofía* dedicado al maestro fallecido a fines de octubre del año 1925; nos habían emocionado, en 1927, los ensayos de su libro *La vejez de Sarmiento*; y nos había llamado a la meditación con sus reflexiones sobre la Reforma Universitaria, en que nos ofrecía una orientación segura y lúcida para la inquietud juvenil.

Su pensamiento claro, su expresión precisa y bella, su incitación limpia y varonil, ganaba nuestros corazones y alertaba nuestras inteligencias. En su prosa se nos mostraba un artista, un pensador y un animador.

Fue así como en aquellos días de 1930, estrechamos contacto personal con Ponce y, en una u otra forma, los jóvenes de la generación de 1930 empezamos a ser sus compañeros, sus amigos y sus discípulos.

Por todo ello, como joven de aquellos días y hombre del Colegio Libre, estoy evocando ahora a Aníbal Ponce con emoción de amigo y fraternidad de espíritu.

LA ASCENDENCIA DE SARMIENTO E INGENIEROS

De la más buena fuente le venían a Ponce las corrientes que alimentaron su acendrado espíritu liberal. Sarmiento a distancia, e Ingenieros más próximo, fueron sus grandes admiraciones argentinas. "Admirar es una forma de reconocerse".

Y remontando con estas inspiraciones el curso de nuestra historia, llegaba al punto de partida de la Revolución de Mayo, que siempre afirmó, recogiendo el pensamiento echeverriano, como nuestra grande y legítima tradición.

Detengámonos un instante en estas admiraciones.

"La vejez de Sarmiento", una conferencia que pronunció en el Instituto Popular de *La Prensa*, en el año 1927, da título a su primer libro de ensayos en el que traza el combativo perfil del gran argentino en su ancianidad, y evoca a los hombres de la generación del 80: Avellaneda, Mansilla, Wilde, López y Miguel Cané, sin olvidar a Amadeo Jacques, el republicano francés que el vendaval de los acontecimientos revolucionarios de Francia había arrojado a nuestras playas, y que tanta influencia ejerció sobre la cultura de la época.

El mismo Ponce en su prólogo bello y emocionado ha contado el origen y la razón de este su primer libro. Su padre era porteño; las circunstancias lo habían llevado a radicarse en Dolores, pero seguía vuelto con su emoción y su añoranza al ambiente, las cosas y los hombres del 80 de Buenos Aires. Fue a través de las evocaciones de su padre y de sus lecturas en la biblioteca de éste, como Aníbal Ponce empezó a familiarizarse con los hombres del 80, y sus nombres desde entonces quedaron definitivamente prendidos a su espíritu juvenil. De regreso a Buenos Aires, tuvo motivos para un conocimiento más acabado de estas figuras, y seducido por el espíritu renovador de su cultura y el prestigio de su liberalismo, fueron surgiendo con el tiempo las semblanzas que forman el libro.

No olvidemos que aquella generación, además, había bebido en las fuentes de Francia y nos había hecho conocer Taine y Renan, tan gratos al espíritu de Ponce.

Ponce alentó durante años el propósito de escribir un libro en donde reviviría aquella época del 80, y "como su precoz liberalismo no perdía momento de afirmarse, la obra debía concluir mostrando lo que los hombres del 80 no supieron ver: el significado profundamente humano del movimiento socialista".

Aquella obra no se escribió, pero quedó felizmente este animado conjunto de *La vejez de Sarmiento*, páginas que vivirán como capítulos de historia y ensayos de literatura.

Años más tarde, en 1932, escribió una hermosa y transparente biografía de Sarmiento, la que tituló *Sarmiento, constructor de la nueva Argentina*.

Ponce dijo de estos dos libros: "quizás los que más quiero"

Para Ponce, Sarmiento era el núcleo fundamental en la vida

argentina, y una línea divisoria de nuestra historia. De ahí el título de su biografía: *Constructor de la nueva Argentina*.

No en vano Sarmiento, que se jactaba de haber sido engendrado en los días de la revolución, es el enlace seguro de las generaciones que prosiguen la ruta de Mayo, y se prolonga mezclado a las preocupaciones argentinas de nuestros días.

Pero si Sarmiento era la lección de la historia, Ingenieros era la presencia y el fervor de los tiempos nuevos.

En su juventud, hacia 1920, Aníbal Ponce conoció a José Ingenieros, al que venía estudiando como paradigma de su propia formación.

Alfredo Bianchi, en el número extraordinario de *Cursos y Conferencias* dedicado a Ponce, ha evocado el encuentro de Ingenieros y Ponce, con su cordial mediación; encuentro, repitamos una vez más, que ha sido un acontecimiento en la historia cultural de la República.

Ingenieros, en el año 1923, teniendo Ponce 25 años, lo llevó a colaborar y compartir la dirección de su *Revista de Filosofía*, de cuya dirección se hizo cargo en 1925, al fallecer el maestro. La *Revista de Filosofía* —recordémoslo— que “deseaba imprimir unidad de expresión al naciente pensamiento argentino, continuando la orientación cultural de Rivadavia, Echeverría, Alberdi y Sarmiento”. Innecesario decir cómo Ingenieros contribuyó a plasmar su espíritu, y avivar la vocación científica y literaria de su juventud.

Aníbal Ponce, evocando la Reforma Universitaria de 1918, pudo decir de Ingenieros: “Habíamos aprendido a deletrear declamándonos los unos a los otros, desde los bancos del Colegio, los primeros sermones laicos de Ingenieros, y el fervor idealista en que nos inflamara encontraba, por fin, la realidad propicia”. Al fallecer el maestro, como he recordado, escribió los apuntes para su historia, que podemos considerar la primera bella y estimulante biografía de Ingenieros.

De Ingenieros, Ponce recibió la lección de la alegría del trabajo intelectual, la emoción de lo social, el culto de la inteligencia.

Y con Sarmiento y con Ingenieros como maestros, Aníbal Ponce se filió en el rumbo del pensamiento liberal argentino, que siempre habría de afirmar.

obra de Aníbal Ponce se desenvuelven bajo el signo de la inteligencia.

Es sabido cómo Aníbal Ponce se inició en 1916 precozmente en la literatura con su trabajo sobre Eduardo Wilde, premiado por la Universidad de Tucumán, cuando sólo contaba dieciocho años de edad; cómo siendo muy joven empezó a colaborar en la revista *Nosotros* y en la *Revista de Filosofía*, las dos más importantes publicaciones de aquella hora, cada una en su género, y cómo alcanzó renombre en la crítica y el ensayo literarios. Gerchunoff ha dicho que "Aníbal Ponce era tal vez el más completo de los ensayistas argentinos". Y cómo desde muchacho se dedicó con especialidad a la psicología, materia que enseñó durante dieciséis años hasta la separación de su cátedra en 1936, y sobre la que nos ha dejado el aporte de valiosas contribuciones y varios libros, que recomiendan profesores y los estudiantes se pasan y se seguirán pasando de mano en mano.

Pero sin renunciar a las disciplinas y admiraciones de su primera juventud, hacia el año 1930 Aníbal Ponce se inclina a la meditación del problema social de nuestro tiempo, y se afana en esclarecer los deberes que frente al mismo tiene la inteligencia, llamando a la responsabilidad social de los escritores. Ya se venía perfilando desde tiempo atrás esta preocupación de su espíritu.

En un artículo del año 1926 sobre "Mussolini y la servidumbre de la inteligencia", Ponce había dicho: "Algo hay, sin embargo, mucho más grave que la humillación de los inferiores: la servidumbre de la inteligencia. Los pensadores deben ser, para su pueblo, los vigías y los orientadores. Por eso cuando engañan y cuando adulan, su palabra adquiere, a veces, una repercusión nefasta".

Y a principios de 1930, hablando sobre "Los intelectuales y la abstención", la abstención en materia políticosocial, a propósito de unas declaraciones de don José Ortega y Gasset, tras de señalar Ponce lo que hay de falso en el ideal en apariencia tan hermoso, de vivir consagrado a la pura inteligencia, y de salir al encuentro de ciertas opiniones de extrema izquierda que mueven la guerra al intelectual y al pensador —traición en el primer caso, ceguera en este último— dijo estas palabras anunciadoras: "El deseo agudo de tomar en la vida una actitud definida es ya el deber más alto de la hora. Se quiera o no, las líneas están tendidas de tal modo que es imposible el aislamiento. O, mejor dicho, el pensador que se encierra y vuelve la espalda a la realidad social, lejos de sustraerse al movimiento, sirve,

por el contrario, los intereses de uno de los bandos en lucha, y no por cierto el mejor. La inteligencia tiene, sin duda, sus problemas propios que ninguna preocupación ajena vendrá a turbar; allí, y nada más que allí, su orgulloso "non serviam"; pero al lado de los deberes para consigo misma, ella tiene también sus deberes para con los demás. El Einstein que anuncia la relatividad, sería infinitamente menos grande si no tuviera junto a él otro Einstein capaz de sentir en carne propia el advenimiento de una nueva conciencia humana".

Pero donde su pensamiento al respecto se despliega totalmente es en su conferencia sobre "Los deberes de la inteligencia", que ya citamos, del año 30, la cual se nos presenta como la magnífica introducción definitoria de la acción que había de afrontar en el futuro.

Viejo y debatido sin duda, el problema de los deberes de la inteligencia, pero en Ponce adquiere un nuevo acento ceñido al destino social que a su juicio debía asumir la misma en las luchas de nuestro tiempo.

Deberes de la inteligencia para consigo mismo, deberes de la inteligencia para con los demás, y la revolución y la inteligencia, eran los tópicos de aquella conferencia.

En ella Ponce, tras exponer sutilmente el mecanismo del "instrumento maravilloso", afirma la libertad de la inteligencia, en su función comprensiva y creadora, como una exigencia de la libertad del hombre.

El primero de sus deberes "imperioso y preciso" está en su absoluta autonomía. "La obediencia del hombre a sí mismo, que es el fundamento de la razón sin trabas, exige a su vez la única virtud que puede darle vida: el culto de la dignidad personal como norma directriz de la conducta".

"Un pensador que sea al mismo tiempo un santo: ¿es posible concebir de otra manera los deberes de la inteligencia para consigo mismo?"

El segundo de sus deberes está en vincular la inteligencia a la vida, "inclinándose cordialmente sobre el drama humano y compartiendo sus inquietudes y sus dolores", combatiendo "el sofisma del intelectual como un ser aislado y sin partido, extraño por completo a las luchas de la política, ajeno en absoluto a la vida de su mundo", y la hipocresía del intelectual pretendidamente tolerante e imparcial.

"Junto al pensador y al santo, el profeta y el predicador". "Ya

no más la inteligencia que encuentra en sí el propio gozo: ¿de qué modo comparar su placer egoísta con el estremecimiento generoso del profeta que alza una esperanza nueva, del predicador que la desparrama y la vivifica, la multiplica en las almas, la enciende en los corazones?"

Y avanzando en su examen, ponía a la inteligencia, frente a la realidad social, en el camino de la revolución.

"La inteligencia puesta al servicio de la revolución ¿qué papel podrá tener en ella? ¿Consejera, inspiradora, guía? Y en la pregunta estaba la respuesta. "El destino —agregaba— nos hace vivir hoy una de esas horas de la historia que no se escuchan sino muy de siglo en siglo. En las confusas manifestaciones del vivir contemporáneo asoma ya un alma nueva. Elevarla a plena luz, traducirla en doctrina, encenderla en ideales, esa es la obra de la inteligencia: bajo su aliento, lo que no era hasta entonces sino sorda rebeldía asciende ahora a revolución".

Para Ponce la revolución que vive nuestro tiempo es la que agitan contra el capitalismo, por el socialismo, las multitudes proletarias del mundo.

Invitaba finalmente a los jóvenes a estudiar la cuestión social "que no existe sino para los que la sufren y para los que la estudian", y a tomar posición en el drama del mundo.

Pero prevenía: "No abandonéis por eso el sector de la naturaleza o de la vida que había despertado vuestra curiosidad primera". "No desdeñéis tampoco el arte y la belleza, ni os deslicéis a la inteligencia absurda de querer socializarlo". "Son la expresión de lo que hay en nosotros de más individual y merecen la devoción apasionada". "La vida sin duda no es sueño ni nostalgia, pero a pesar de su aparente despegue, los poetas ayudan también al Universo, a realizar sus fines".

SU MILICIA CULTURAL

Aníbal Ponce respondió con su vida y su obra a estas precisas definiciones y nobles llamamientos, asumiendo resueltamente los deberes y las responsabilidades de la inteligencia. Entre tantos testimonios, recordemos sus conferencias a estudiantes y obreros recogidas en el librito *El viento en el mundo* de juvenil y recia entonación.

Debemos agregar que a partir de 1933, en que pronuncia su con-

ferencia en la Facultad de Derecho de la Universidad de La Plata, "Elogio del Manifiesto Comunista", de Marx y Engels, Aníbal Ponce decide una posición ya beligerante en el debate social y, avanzando en posiciones concretas, se enrola en la filosofía y política del marxismo. Se acogía a la sentencia de Marx: "Los filósofos han explicado demasiado el mundo; ahora es preciso trasformarlo".

Fue la suya desde entonces, fundamentalmente, una labor de combate doctrinario, de cultura militante, empleando las armas de que estaba magistralmente dotado, el verbo y la pluma, que habían pasado a ser afirmativos y vibrantes, como lo exigían los nuevos planteos de su pensamiento y de su prédica. No fue Aníbal Ponce, ni podía serlo, un propagandista de la calle, ni un agitador de las muchedumbres. "Escribir es actuar", dijo alguna vez. Era en verdad en Aníbal Ponce, una forma de acción, desde que con sus escritos, sus conferencias y discursos, al par que enseñaba, estimulaba el trabajo, despertaba vocaciones, templaba ánimos, y movía a otros, en condiciones para ello, a la acción.

Pero no rehusó la calle, ni el contacto con la muchedumbre. Lo vimos en la asamblea y en el mitin. Creía que esa presencia era debida y necesaria contribución de su nombre y de su prestigio a la lucha social. Alguna vez recordó el paso al frente, en un mitin de la izquierda, de Andrés Gide. "Era el ermitaño que renunciaba a su celda, el artista que se echaba a andar por los caminos del mundo entre el tumulto de las masas sufridas".

En el año 1935, Ponce realiza su último viaje a Europa, en el que llega hasta Rusia. En este viaje, a diferencia de los anteriores de 1926 y 1929, su curiosidad y su interés no se limita a las visitas de las universidades y los laboratorios, y a los maestros de la psicología de su libro *Un cuaderno de croquis*.

Ahora se mezcla en los mitines de las masas obreras y antifascistas, recoge el relato de Henri Wallon sobre el Congreso Mundial de Estudiantes Antifascistas de Bruselas, comenta los trabajos marxistas de Marcel Prenant en la Sorbona, le pide a Paul Rivet que cuente al público argentino los orígenes y las actividades del Comité de Vigilancia de Intelectuales Antifascistas, comenta la constitución del grupo "decidido y brioso" "Los amigos del pueblo español", animado por el "entusiasmo nobilísimo" de Elie Faure y Henri Torres, y exalta el "Ensayo General en Asturias" de octubre de 1934.

A su regreso dicta el curso "Humanismo burgués y humanismo proletario" (De Erasmo a Romain Rolland), y para sumar esfuerzos y enfrentar el desafío brutal contra la cultura y la libertad lanzado en todas partes y aquí por el fascismo, funda el A.I.A.P.E. (Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores), del que fue su primer presidente.

Pero a Aníbal Ponce, fiel a sus precisiones, le interesa esencialmente librar la batalla para la que se sentía especialmente dispuesto, que era esclarecer y difundir la teoría que abrazaba, entendiendo que "sin teoría revolucionaria no hay acción revolucionaria". "La revolución que traerá la destrucción del régimen de clases —decía—, será algo más que el resultado de un arrebató generoso. Gestada en la meditación y el estudio, no podrá adquirir sino en la teoría su signo trascendente".

Y en 1936 funda y dirige la revista *Dialéctica*, "para poner al alcance de los estudiosos el vasto tesoro de los clásicos del proletariado, y los nuevos estudios que mediante el método del materialismo dialéctico están renovando la ciencia y la cultura". Estamos a distancia, como se ve, de la *Revista de Filosofía* de su primera juventud.

En la revista *Dialéctica*, que alcanzó a publicar siete números, es intensa y eficaz la labor de Ponce a través de sus abundantes notas y comentarios aclaradores de los temas tratados.

Esta labor quedó interrumpida en sus comienzos, sin que Aníbal Ponce nos llegara a ofrecer la aplicación de la teoría a nuestra historia y a nuestra realidad, al estilo por ejemplo de los siete ensayos sobre la realidad peruana, del escritor y pensador peruano José Carlos Mariategui, una vida de itinerario tan semejante a la de Aníbal Ponce, de su misma época, y muerto también prematuramente a los treinta y cinco años de edad.

LA PERSECUCIÓN

Esta intensa y valerosa milicia intelectual, en aquellos días de intolerancia y arbitrariedad, le costó a Ponce dura persecución oficial. No podríamos decir que lo tomara desprevenido. En su conferencia sobre "Los deberes de la inteligencia", había ya señalado los riesgos de la libertad intelectual, y en su último curso de 1935 "Humanismo burgués y humanismo proletario", al terminar, había proclamado sus

alegrías y sus seguridades “cualquiera sea la suerte personal que el destino nos reserve”.

Se le cerraron puertas, y fue declarado cesante en su cátedra de psicología en el Instituto del Profesorado, que venía dictando desde hacía dieciséis años, con acusaciones tan injustas como agraviantes.

El hecho tuvo honda repercusión; las fuerzas morales del país le expresaron su solidaridad y Lisandro de la Torre asumió noblemente su defensa en el Senado de la Nación.

Contestando a torpes acusaciones del ministro de Instrucción Pública, que le atribuía a Ponce “desprecio para con la República Argentina” que lo habría “tolerado con tanta benignidad hasta el presente”, dijo Ponce firmes y templadas palabras, de defensa y de acusación, quizás las últimas que escribió en la Argentina. Como defensa resumen los trabajos de sus días, y como acusación son también episodio de su lucha.

“Por mis ascendientes, mi educación y mi cultura, me siento enraizado con orgullo en la tradición liberal de mi tierra nativa”. “Dieciséis años de labor en la cátedra; diez volúmenes —recompensados algunos por altas distinciones oficiales—; múltiples centros de cultura libre organizados para suplir las deficiencias de las universidades del Estado; varias revistas que se encuentran entre lo más serio que América conoce; centenares de conferencias y discursos en las más representativas tribunas del país y del extranjero, dicen a las claras, para quien sepa mirar con limpios ojos, hasta dónde he rendido a mi país el máximo esfuerzo que le debe un ciudadano”.

“¿Qué es lo que ocultan esos «informes policiales» a que alude el señor ministro con tantísimo misterio? Nada más que mis libros, mis conferencias, mis artículos y mis discursos. No he pertenecido jamás a ningún partido político. Dentro y fuera de mi cátedra no he conocido otra forma de actividad que la expresamente amparada por la Constitución argentina. Pero dentro y fuera de mi cátedra —lo comprendo muy bien, señor ministro, y por eso lo digo con responsabilidad de profesor y escritor— he sido siempre no sólo un estudioso insobornable, sino uno de esos «aturdidos» de que hablaba Erasmo, capaces de defender la verdad contra los mismos que pueden castigar”.

Y acusaba: “Nadie ignora que mi cesantía es sólo un detalle minúsculo en un vasto plan que ha puesto en peligro las libertades pú-

blicas y que ha convertido a la enseñanza en un bisbisco de rosarios. Del brazo, hoy como ayer, la reacción política marcha a la par con la reacción clerical. Han cambiado las consignas y los hombres. Pero la técnica es la misma y pareja la intención. ¿Cómo podría tomarme de sorpresa el atropello cometido con mi cátedra, junto a tantos otros sobradamente conocidos, si las mismas fuerzas que amordazan ahora a la docencia no respetaron en otro tiempo ni a la figura gloriosa de Sarmiento?"

SU ESTADA EN MÉXICO

Estamos a fines de 1936. Amargado sin duda, aunque íntegro en su actitud, en los primeros días de 1937, Aníbal Ponce emigró —ésta es la palabra— emigró a México, con cuya juventud, clase trabajadora y núcleos intelectuales de izquierda, muy pronto se puso en contacto personal. Y en el país hermano siguió enseñando y escribiendo. Jesús Silva Herzog nos ha dejado constancia de sus días en México: "Aníbal Ponce, modesto y digno, no fue a buscar la amistad de los políticos influyentes ni de los personajes de moda. Lo que hizo fue buscar trabajo, y claro que lo encontró. Un hombre como él hace falta en todas partes en donde no haya sido asesinada la libertad. Trabajó en la cátedra, en la conferencia, en el artículo y en el libro. Impartió cultura seria y auténtica, cultura de primera mano y de la mejor calidad. Raro ejemplo en estos tiempos de marxistas improvisados, simuladores de conocimiento, que todo lo esquematizan y empobrecen. Raro ejemplo que los jóvenes debieran imitar".

Allí, al poco tiempo, el 18 de mayo de 1938, víctima de un desgraciado accidente automovilístico, mientras se trasladaba de Morelia, donde vivía, a México, para pronunciar una conferencia, falleció, a punto de alcanzar los cuarenta años de edad.

En la hora de la muerte no abandonó la serenidad de toda su vida. "Bajamos, compañero, bajamos", dijo, estrechando las manos fraternas de Silva Herzog.

Falleció en plena elaboración y maduración de su pensamiento. No podríamos decir que Aníbal Ponce había cumplido toda su trayectoria de pensador insigne, ni que había dicho su palabra definitiva, si es que los hombres que piensan y actúan pueden alguna vez decir su palabra definitiva.

LAS ETAPAS DE SU VIDA

Es inevitable que en la vida de las grandes figuras debamos recortar etapas. Se ha dicho que en tres nombres —Buenos Aires, París y Moscú— pueden señalarse tres etapas “alucinantes” en la vida de Aníbal Ponce. Habría sido Buenos Aires su etapa de la crítica y de la historia; París la de la ciencia, el arte y la cultura; Moscú, su etapa de la revolución.

Me place pensar que México habría podido ser en este itinerario la cuarta etapa, la culminante de su madurez intelectual.

De Buenos Aires a París y de Buenos Aires a Moscú, hay dos saltos sin pasar ni parar en América. Y América es, para nosotros, etapa y destino necesario.

Es cierto que cuando Ponce se fue a México, se fue expatriado, sin pensarlo ni quererlo, apenado —¡qué distintos sus viajes a París y Moscú!— y en sus cartas íntimas, que se han publicado, no disimula por momentos su soledad. Seguía suspirando por Buenos Aires y por París.

Pero me place pensar, como digo, que aligerado de urgencias, encauzados sus trabajos, andando los días, desde aquel amplio ventanal de México y a través de aquella experiencia social, entonces en ascenso, Ponce se hubiera puesto en contacto con el mundo americano, con el drama y la esperanza de nuestra América.

Hubiera alcanzado así una nueva medida de profundidad en su pensamiento. Pero con su muerte prematura e inesperada se quebró la hermosa posibilidad.

SU LECCIÓN EJEMPLAR

Como en el caso de todas las fuertes personalidades intelectuales que ejercieron influencia sobre sus contemporáneos, el pensamiento de Ponce podrá estar expuesto a examen y revisión. Y lo está sin duda.

Podrán o no tener valor para los días que siguen, tales o cuales de sus verdades científicas o políticas; podrán, por lo demás, compartirse o no sus ideas, pero hay algo hondo y cálido en su vida y en su obra, que vive y trasciende en lección ejemplar. Es la fecundidad y calidad de su trabajo: nos deja diez libros magníficos, revistas que expresan momentos de la vida cultural argentina, fundaciones que ayudó a levantar y que perduran; y es sobre todo la dignidad de su

conducta, sin una cobardía ni una humillación, y su responsabilidad moral como escritor, que lo llevó frente a los problemas culturales y sociales de su época, a "decir la verdad, tal cual se piensa, sin preocuparse jamás por las consecuencias de su pensamiento".

Fue una conciencia limpia y esclarecida de su tiempo y de su patria, "esta Argentina del cariño entrañable".

PABLO LEJARRAGA

Conferencia pronunciada en el homenaje del Colegio Libre de Estudios Superiores de Buenos Aires, el 15 de julio de 1958.

Aníbal Ponce y la educación argentina

por MARTA ELENA SAMATÁN

Debo, en primer lugar, algunas explicaciones a este auditorio. Antes de aceptar la responsabilidad de esta disertación, que forma parte del homenaje tributado por las entidades culturales de nuestra ciudad a la memoria de Aníbal Ponce, me asaltaron algunos escrúpulos. A pesar de la gran simpatía que siempre me inspiró, yo no soy una profunda conocedora de la vida y la obra de Ponce. Como rehuyo las improvisaciones, mi primer impulso fue declinar el pedido que se me hiciera. Reflexionando sobre el particular, me decidí, no obstante, por la afirmativa, teniendo en cuenta, principalmente, dos circunstancias. En primer término, no faltará entre los oradores de este ciclo el especialista que exponga a fondo, en forma global, la trayectoria física, intelectual y espiritual de Aníbal Ponce, ubicándolo con precisión dentro del pensamiento argentino de este siglo. De modo que no quedarán defraudados los que deseen obtener un mayor conocimiento sobre el escritor desaparecido. En segundo lugar, limitándome al aspecto educacional de la obra de Ponce, necesitaré, forzosamente, referirme a algunos problemas de nuestra enseñanza, problemas antiguos, que se han agudizado en estos últimos tiempos, y sobre los cuales conviene hacer hincapié en estos momentos en que iniciamos una etapa de reconstrucción nacional. De modo que, a veinte años de su muerte, Aníbal Ponce nos acompañará en la cruzada que se emprende para lograr una reforma efectiva de la educación argentina.

Aníbal Ponce perteneció al cuerpo docente del Instituto del Profesorado de Enseñanza Secundaria. Fue un profesor que se dedicó a sus cátedras con verdadero fervor apostólico. Era un estudioso en el

sentido cabal de la palabra. Siempre aspiraba a un conocimiento profundo de la materia que enseñaba. Por ejemplo, siendo profesor de psicología, inició estudios de medicina para poder realizar investigaciones en el laboratorio del Hospicio de las Mercedes. Cuando pudo trabajar regularmente con el doctor Borda, director del Hospicio, abandonó la Facultad porque no le interesaba ser médico, sino simplemente profesor.

“Enseñaba su materia —dice Lisandro de la Torre— como nadie podía enseñarla mejor, y al hacerlo, prescindía de la cuestión social y de todas las cuestiones no vinculadas directamente con aquélla. Fuera de la cátedra, usando de un derecho indiscutible, daba las conferencias que después recopiló en *El viento en el mundo* o bien escribía *Educación y lucha de clases* y exponía allí las razones de su antagonismo con el régimen económico, político y social que ha conducido al mundo a la situación angustiosa en que se encuentra.”

Como profesor, Aníbal Ponce no podía sentirse satisfecho con el régimen de nuestra enseñanza secundaria. Nuestra escuela primaria, gracias al vigoroso impulso de Sarmiento, halló rápidamente su camino y pudo estructurarse dentro de ciertas normas estables tendientes al cumplimiento de la ley de educación común. Con la escuela secundaria no ocurrió lo mismo. Hubo vacilaciones, falta de orientación, exceso de cambios en los planes de estudio, tendencia marcada al enciclopedismo, descuido manifiesto en la formación de los adolescentes. Los males venían de lejos y se iban acentuando a medida que avanzaba el siglo veinte. Podemos hablar de un proceso de estancamiento, de confusión en materia educativa, del cual todavía no hemos salido. Y esa es la tarea que incumbe a las generaciones presentes: hallar las soluciones que resuelvan esos problemas que se vienen planteando desde hace varios lustros.

No hubo política educacional, sino, simplemente, política en la educación. Esa política *a secas* empezó a gravitar desembozadamente sobre los más altos intereses culturales de la nación. Los verdaderos profesores, dedicados de lleno a la docencia, fueron desplazados poco a poco de las cátedras. Éstas se fueron retaceando y repartiendo como dádivas políticas. Ya no se tuvo en cuenta la eficacia de la enseñanza, sino la captación del mayor número de voluntades. La cantidad de los favorecidos con un nombramiento se fue así multiplicando de manera alarmante. Fue la cosa más corriente del mundo

que todo el que tuviera unas horas disponibles y algún amigo influyente aspirara en el acto a ocuparlas con alguna cátedra. Acaso sea éste uno de los más grandes defectos que nos aquejan: esa unánime aspiración a la cátedra, esa audacia para sentirse capaz de enseñar cualquier cosa.

No debemos asombrarnos, por tanto, de que haya colegios nacionales y escuelas normales que tengan cien, ciento cincuenta, doscientos catedráticos. Es decir, que la responsabilidad de la formación de la juventud que concurre a esos establecimientos está repartida entre cien, ciento cincuenta, doscientas personas, con el agravante de que una gran mayoría sólo dispone de algún título profesional, de muy relativo valor para la docencia.

Juan José Arévalo, en su conocida obra sobre *La adolescencia como evasión y retorno*, señala agudamente el mal representado por el exagerado número de catedráticos que se distribuyen la atención del muchacho, la fugacidad con que cumplen sus funciones docentes, el deplorable desinterés que demuestran por los problemas psicológicos de la adolescencia y la ausencia de verdadera vida escolar en los institutos de enseñanza media, "que van cada día quedando reducidos a meros locales a donde confluyen desarticulados tanto los profesores como los estudiantes".

Después de muchas otras consideraciones relativas al tema, Arévalo llega a declarar: "Mídase por ahí la categoría de la estafa que se comete impidiendo a las masas juveniles su contacto con espíritus generadores de valiosa espiritualidad. Calcúlese así el rebajamiento inevitable de una nación a cuyas generaciones juveniles se les quita la oportunidad de hallar, en personalidades vigorosas, conductores a propósito para exaltar las virtudes más nobles que dormitan en la preciosa edad".

"Educación es compenetración de almas", sostiene Lombardo-Radice. El concepto de Kerchensteiner es muy semejante; para él "la esencia de la simpatía y el fundamento emocional de todo acto pedagógico es la compenetración. Compenetrarse, quiere decir vivir en otro". Esta compenetración entre educando y educador es indispensable para que éste pueda cumplir su misión más alta, que es la de realizar valores en los demás, la de hacer a los demás portadores de valores.

¿Puede establecerse alguna correspondencia espiritual entre ese des-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.aahra.com.ar

file de profesores, impermeable generalmente a los problemas juveniles, y esos discípulos que se sienten rechazados por la indiferencia de los mayores? No debemos extrañarnos, por tanto, si la juventud da muestras de hallarse desorientada.

Aníbal Ponce palpó los defectos de nuestra escuela media y supo medir con ojo certero las fallas de nuestra enseñanza universitaria.

Nacido al finalizar el siglo XIX, Ponce pertenece a la generación que, en plena adolescencia, recibió el impacto de la primera guerra mundial. A los pocos años, otro suceso conmovió al mundo: el de la revolución rusa. Se estaba al comienzo de una nueva etapa en la historia de la humanidad. Se había puesto punto final a una época.

Ponce adolescente sentía profunda predilección por los hombres del 80: Mansilla, Cané, Lucio Vicente López y, sobre todo, Eduardo Wilde. "Nuestros amigos, los hombres del 80", solía llamarlos Ponce. Los muchachos de su generación lo acompañaban en esa preferencia. Cuenta Julio Noé que todos ellos escribieron algo sobre las figuras de aquella época. Ponce más que los otros, "porque era el más porteño de todos, y esos hombres eran la expresión de Buenos Aires. Esos trabajos, escritos algunos de ellos entre los dieciocho y los veinte años, fueron reunidos más tarde en un volumen titulado *La vejez de Sarmiento*.

Ponce se declara porteño hasta el fondo del alma. A través de los recuerdos de su padre conoció ese pasado inmediato de la capital y se puso en contacto con esos grandes hombres que iban desapareciendo del escenario nacional. Él mismo cuenta: "Yo preguntaba y preguntaba con avidez nunca saciada, y mi padre que parecía engañarse con aquella evocación que le tocaba tan de cerca, hacía pasar delante de mis ojos las figuras ilustres del viejo Buenos Aires. En poco tiempo me fueron familiares; las reconocía en una frase, las comentaba con cariño, les atribuía a cada cual los episodios exactos".

Después del relato oral vino el saber a través de los libros. La lectura completó el exacto conocimiento de esa generación: "Durante muchos años —recuerda Ponce— he vivido así con los hombres del 80, entremezclándome a su historia, compartiendo sus pasiones, alentándolos con mi entusiasmo. Yo he gritado hasta enronquecerme en las manifestaciones liberales, bajo los balcones de Sarmiento; yo he entrado con Mansilla en la tienda de los ranqueles; yo he conversado con

Wilde y discutido con Goyena; yo he abofeteado jesuitas en el incendio del Salvador...”

Esto nos confirma la calificación de estudioso cabal que hemos dado a Ponce. No se contenta con la superficie brillante de los hechos, siempre hurga en lo más hondo, consciente de la responsabilidad que el escritor tiene frente a su público. Más tarde tendrá la responsabilidad del maestro cuya vida es enseñanza y ejemplo.

En 1917, Aníbal Ponce había comenzado a colaborar en la ya histórica revista *Nosotros*, con cuyos fundadores, Alfredo Bianchi y Roberto Giusti, mantuvo siempre inalterable amistad. Eran los años en que Ingenieros era la figura señera del pensamiento argentino. Como todos los jóvenes inquietos de la época, Ponce sentía por él profunda admiración y con ese fervor que ponía en todos sus actos, se dedicó de lleno al estudio de las obras del maestro. Por el año 1920, Alfredo Bianchi, teniendo en cuenta su extraordinaria capacidad de trabajo, le pidió un ensayo sobre José Ingenieros para la editorial *Justicia*. Eran momentos de febril actividad publicitaria. Se fundaron, entre otras, la revista *Claridad* y las editoriales *Adelante* y *Nuevo Mundo*.

Ese trabajo de Ponce sobre Ingenieros no se escribió en esa oportunidad porque la editorial *Justicia* desapareció. Pero el esbozo fue el punto de partida de una estrecha amistad basada en una penetración de anhelos e ideales. Ponce pasó a ser uno de los redactores de la *Revista de Filosofía*.

Fiel a sus normas de trabajo, al iniciar su labor como profesor Aníbal Ponce se dedica a profundizar la materia que debe dictar. Se trata de psicología. Puede afirmarse todavía, a esta altura del siglo XX, que entre nosotros existe el consenso de que la psicología forma parte de la medicina y su enseñanza está bien encomendada cuando se la confía a un médico. En lo que va del siglo, y especialmente en los últimos 25 años, la materia ha cambiado fundamentalmente. En estos momentos se la empieza a valorar desde determinados sectores, pero todavía falta mucho para que la total renovación de sus conceptos sea una realidad en las aulas argentinas.

Aníbal Ponce, hace más de treinta años, se ocupó de temas psicológicos hasta entonces poco menos que ignorados entre nosotros. Ha sido uno de los primeros en realizar estudios sobre problemas de psicología infantil y problemas de la adolescencia. Está en la memoria de todos su trabajo titulado *Diario íntimo de una adolescente*. Esa ado-

lescente vivió en el siglo pasado y se llamaba María Bashkirseff. Su diario, publicado después de su temprana muerte, fue objeto de numerosos comentarios, pero ninguno tan penetrante como el de Ponce. Según Luis Reissig es su obra madura en psicología. En ella hace revivir a la protagonista, "caprichosa, frívola y apasionada, pueril y magnífica, derrotada y gloriosa".

Esta intensa dedicación de Aníbal Ponce a sus actividades docentes no podía, empero, satisfacerlo plenamente. Ya indicamos antes que a un hombre de su calidad moral le era imposible conformarse con nuestro sistema educacional. A diario palpaba los defectos de la escuela secundaria y medía el limitado alcance de su labor como profesor consciente y responsable. También le era dado apreciar el estancamiento de la universidad a pesar del movimiento reformista de 1918. Todas nuestras instituciones oficiales de enseñanza vivían encerradas en sí mismas y daban la espalda al pueblo. Era necesario introducir un cambio fundamental en esa relación entre educadores y educandos. ¿Qué podía hacerse?

Aníbal Ponce, como individuo, había hecho todo lo posible para mejorar ese estado de cosas. Pero los esfuerzos aislados no pueden llegar más allá de un círculo forzosamente reducido. Ponce era un profesor de mucho saber, que enriquecía constantemente su espíritu con nuevas experiencias vitales. Pero no era hombre de recluirse entre libros y papeles. El sentido social de toda labor se le imponía inmediatamente. Maestro, en el más amplio sentido de la palabra, no podía serlo únicamente para un grupo de alumnos de un curso secundario. Había que ir más lejos. Poco o nada podía esperarse de los institutos oficiales. Era necesario, por tanto, hallar el modo de hacer lo que éstos no hacían.

En 1929 Aníbal Ponce, que entonces tenía 31 años, fué presentado a Luis Reissig por Jorge Nicolai. Poco después empezaron las conversaciones para fundar una institución de docencia libre, en donde se dictaran cursos de jerarquía, contemplando los intereses mayores de la comunidad y estudiando los problemas generales del país. De estas reuniones preliminares participaron Roberto Giusti, Narciso Laclau y, más tarde, Alejandro Korn. Las bases no tardaron en quedar establecidas y pocos meses después surgió el Colegio Libre de Estudios Superiores, de tan honda significación para la vida cultural argentina.

Debemos recordar que en ese mismo año de 1930, el 6 de septiembre, tuvo lugar un golpe militar que puso fin a la segunda presidencia de

Hipólito Yrigoyen. No voy a entrar a examinar las causas que originaron la asonada. Pero, sí, voy a destacar el carácter netamente reaccionario de ese movimiento. Padecimos un verdadero proceso de regresión que favoreció la formación y multiplicación de grupos netamente fascistas. Al fascismo se agregó, luego, el nazismo triunfante en Alemania. Y, como si eso no fuera bastante, apareció el franquismo en España. El clima se tornó claramente antidemocrático. Se implantó el fraude. Hasta la palabra *liberal* se tornó sospechosa. De esa época datan los frondosos prontuarios de la gente que insistía en hablar de libertad o de derechos. Muchos fueron perseguidos por sus ideas y sistemáticamente alejados de sus cargos técnicos aunque hubieran demostrado singular competencia. Aníbal Ponce será una de las víctimas.

El Colegio Libre inició su labor bajo excelentes auspicios. Los mejores hombres del país le prestaron su desinteresado apoyo y a sus cursos empezó a asistir una nutrida concurrencia juvenil que encontraba en ellos una acogida llena de simpatía y comprensión por sus inquietudes espirituales.

Destacados intelectuales consagraron algunas de sus horas a la enseñanza en las improvisadas aulas de la vieja casona de la calle Cangallo. Alejandro Korn y Francisco Romero, entre otros, organizaron los estudios filosóficos. Jorge Romero Brest se ocupó de la rama estética. Aníbal Ponce y, más tarde, Telma Reca dictaron cursos de psicología. José Luis Romero desarrolló clases de historia. Alejandro Shaw enfocó temas de economía política. Esta enumeración va a título de ejemplo porque los colaboradores fueron muchos.

El Colegio no limitó su actividad a los cursos. También auspició conferencias de personalidades nacionales y extranjeras. Fue así cómo disertó en su tribuna el político Lisandro de la Torre. Poco después esa misma tribuna fue ocupada por el poeta Rafael Alberti. Cuando la guerra civil española arrojó a nuestras playas a tanto exilado de nota, el Colegio Libre abrió sus puertas para recibirlos y brindarles generosa hospitalidad.

Los dirigentes del Colegio, con muy buen criterio social y pedagógico, no tardaron en organizar cursos colectivos, poniendo a contribución el saber de todos sus colaboradores. Uno de los primeros fue el que versó sobre el siglo XIX. También se dictó uno sobre Chile, en sus distintos aspectos, con la participación de profesores chilenos. Más

tarde se tomaron problemas de economía nacional. Con motivo de su cincuentenario, se dictó uno sobre la Revolución del 90.

La autoridad indiscutida de los catedráticos del Colegio Libre dio a éste un prestigio que rebasó las fronteras del país. La voz del Colegio era respetada por la cultura de todo el continente.

Como complemento a la palabra hablada, se inició la publicación periódica de una revista que, con mucho acierto, fue titulada *Cursos y Conferencias*. En sus numerosos volúmenes está encerrada la inmensa obra cultural del Colegio desde sus comienzos.

Al cumplir su décimo aniversario el Colegio era una sólida institución, profundamente arraigada en la ciudad de Buenos Aires. Fue entonces cuando sus dirigentes consideraron que había llegado el momento de crear filiales en las ciudades del interior. Por esa misma época, el Colegio decidió establecer tres cátedras permanentes, alrededor de las cuales debían agitarse problemas de actualidad: la cátedra Alejandro Korn, de filosofía y materias afines, la cátedra Sarmiento, de educación, y la cátedra Lisandro de la Torre, de economía política.

Esa nueva etapa se inició con éxito. Surgieron filiales en Rosario, Córdoba, Bahía Blanca, Santa Fe, y comenzó la labor de las cátedras. Era magnífica esa idea de agrupar a los estudiosos de una determinada rama con fines de investigación y docencia. Con el tiempo se iba a conseguir la formación de equipos llenos de experiencia y saber.

Pero no hubo tiempo. El 4 de junio de 1943 el proceso cultural de nuestro país comenzó a recibir los golpes más rudos de su historia.

Las filiales del Colegio Libre, excepto las de Rosario y Bahía Blanca, no tardaron en desaparecer. La de Santa Fe, que había logrado trabajar con éxito en la cátedra Korn y en la Sarmiento, fue una de las primeras. Yo era una de las dirigentes y basta recordar que pasé todo el año 1944 en el destierro para darse cuenta que las posibilidades de subsistir eran casi nulas.

En Buenos Aires, respaldado por su innegable prestigio, el Colegio Libre siguió organizando cursos y conferencias con la esperanza de fortalecerse como baluarte de la cultura. Pero, una vez avasalladas las universidades y creado el clima conveniente para el caso, salió la resolución que disponía la clausura, basándose en pretextos ridículos. Eran la norma en esos tiempos.

Por una razón incomprensible, empero, la filial de Rosario no fue tocada y ésta, a cargo de Olga Cossettini, continuó realizando su acos-

tumbrada labor, bajo la estrecha vigilancia de la policía. Recuerdo un cursillo sobre literatura argentina de Roberto Giusti que levantó mucho revuelo y casi fue objeto de medidas prohibitivas porque se ocupaba del *teatro social* que tuvo sus representantes, por el año 1920, en Alberto Ghirardo y Rodolfo González Pacheco. La autoridad frunció alarmada el entrecejo ante esa palabra *social*.

En octubre de 1955 el Colegio Libre de Estudios Superiores reabrió solemnemente sus puertas ante un público que colmaba la capacidad del recinto, haciendo uso de la palabra en ese acto inaugural José Luis Romero, entonces rector interventor de la Universidad de Buenos Aires.

Me he detenido un poco en el Colegio Libre porque fue una de las más caras realizaciones de Aníbal Ponce. No contribuyó a su fundación por el mero afán de llegar a un resultado brillante. Su propósito era claro y definido. "Ponce —dice Luis Reissig— comprendió que su labor cultural debía ser, ante todo, una labor social, y más que una obra de bondad, una decidida contribución a la justicia".

En estos momentos en que el país vuelve a la normalidad constitucional, son numerosos los hombres del Colegio Libre que están desempeñando cargos de vital importancia. Sólo nombraré a José Babini, director nacional de cultura, y a los dos hermanos Frondizi, Risieri y Arturo.

Conocí personalmente a Aníbal Ponce cuando pronunció en nuestra ciudad su conferencia *De Erasmo a Romain Rolland*. Por ese trabajo se le puede considerar como uno de los precursores de ese movimiento de literatura comprometida que cobró gran importancia después de la segunda guerra mundial.

Ponce era un hombre de estatura mediana, de voz suave y ademanes reposados. Ese gran espíritu luchador rehuía sistemáticamente las afirmaciones incisivas, las declaraciones llenas de aristas, las frases cortantes, que ponen en guardia, erizan los ánimos y despiertan enconos. Todo eso, sin abandonar un solo instante la actitud que había resuelto adoptar. No cedía un ápice en materia de pensamiento, pero evitaba todo lo que pudiera ser motivo de discordia irreparable, cuando esa discordia era innecesaria. Esa noche, recuerdo, nos reunimos un grupo a la hora de la cena y hubo un amago de discusión agria motivada por ideas encontradas. Nunca olvidaré la sonrisa apaciguadora de Aníbal Ponce ni

el tono persuasivo de su voz cuando recomendó a los circunstantes: "No hablemos de lo que separa, sino de lo que une".

Todos los que lo conocieron alabaron la gentileza de su carácter. Alberto Gerchunoff lo saludó unos días antes de su partida a México y lo evoca de esta manera: "Conservaba la serenidad en el aspecto y en las maneras con que siempre le conocimos, esa compostura plástica que no suele ser frecuente en las personas que han resuelto no transigir con los demás y ser fieles a su propio pensamiento. Hablaba con lentitud, en voz baja, con ademanes pausados, como seguro de que sus reflexiones llegarían ineludiblemente a quienes debían llegar y producirían el efecto deseado en las conciencias a que se dirigía".

Julio Noé, su compañero de estudios, que no siempre compartió sus ideas, dice: "Nada pudo alejarnos, empero, de la amistad de Aníbal Ponce. Durante largo tiempo, hasta la víspera de su viaje a México, llamábanos a él, con periódica frecuencia, su bondadosa y alegre camaradería, que era flor de su personalidad acaso tanto como su talento".

Roberto Giusti, tan vinculado con él a través de la revista *Nosotros* y del Colegio Libre, dice que Ponce eligió su misión que era la de "esclarecer las conciencias, denunciar prejuicios y mentiras, y reclamar justicia para los que tienen sed de ella. Pero no era hombre de hacerlo con palabra agria e inelegante como un monje fanático o un improvisado orador de esquina... Su innato buen gusto, que era nobleza intelectual y moral, gobernaba su expresión aun en la indignación o en el enojo".

Los cursos dictados por Aníbal Ponce en el Colegio Libre de Estudios Superiores fueron la base de sus obras más conocidas, todas relacionadas con la educación. Recordemos: *Ambición y angustia de los adolescentes*, *Problemas de psicología infantil*, *Estudios de psicología*, *Diario íntimo de una adolescente*, *Educación y lucha de clases*. En este último libro, Ponce hace un extenso y exhaustivo examen sociológico, desde el punto de vista marxista, del proceso educacional desde la antigüedad hasta nuestros días.

En 1932 publicó una de sus obras más logradas: *Sarmiento constructor de la nueva Argentina*. Ocuparse de Sarmiento es entrar de lleno en el terreno de la educación. En el libro describe la lucha titánica contra la barbarie. "Más que la alta cultura de unos pocos —dice Ponce— interesaba a las incipientes democracias las primeras letras para

todos". Y recuerda las propias palabras de Sarmiento: "Un pueblo ignorante elegirá siempre a Rosas. Hay que educar por eso al soberano".

El clima ultra reaccionario que se fue acentuando desde setiembre de 1930, favoreció la ejecución de actos de torpe injusticia, cometidos ante la pasividad cobarde de la gente. Pero en materia de cobardía nos íbamos a curar de espanto.

Aníbal Ponce fue exonerado de su cátedra en 1936. En un expediente, que debía ser muy voluminoso, se acumularon cargos sobre cargos para justificar la insólita medida. Lisandro de la Torre fue el que dijo: "Era suficiente la independencia de su carácter para expulsarlo de la cátedra que honraba con su capacidad". Alberto Gerchunoff, al comentar el caso, dice: "Las sociedades americanas distan mucho todavía de esos grandes consorcios humanos en que el derecho a las ideas es el primero y más fundamental de los derechos. Es decir, nos separa un trecho muy extenso aun de lo que es una verdadera civilización".

Ponce no tenía más bienes de fortuna que su sueldo de profesor. Le ofrecieron labores docentes en México y partió hacia el destierro en enero de 1937. En mayo de 1938, un estúpido accidente automovilístico tronchó su vida cuando aún no había cumplido cuarenta años. Sus cenizas fueron traídas al país por el pintor peruano Felipe Cossío del Pomar. Con ese motivo se realizó un homenaje de grandes proporciones en donde se exteriorizó el pesar causado por su temprana muerte.

A los veinte años de la muerte de Ponce, debemos hacer el balance de nuestro estado educacional.

La situación no ha mejorado, por cierto, y sí empeorado en muchos de sus aspectos. Faltan profesores de vocación que consagren sus afanes a la formación de los adolescentes y sobran los apresurados dictadores de cátedras que pasan velozmente por el aula, tomando lecciones. Sigue la enseñanza desmenuzada en un sinnúmero de horas entre las cuales se pierde el estudiante, sin comprensión ni aliciente. Los edificios escolares ofrecen graves deficiencias y algunos amenazan derrumbarse, como ha ocurrido en Buenos Aires y La Plata. Abundan los comentarios desalentadores acerca de la deficiente preparación de bachilleres y maestros recién egresados. El nivel cultural del país ha descendido de modo sensible y alarmante. Ha aumentado la población escolar, pero no el número de escuelas.

Esa es la realidad que debemos enfrentar. El país ha vuelto a encaminarse por los senderos de la ley y todos tenemos la obligación de

cooperar en esta etapa decisiva para nuestro porvenir de nación democrática. No sólo debemos corregir algunas cosas, sino hacerlas de nuevo cuando eso sea necesario. Hacerlas de nuevo mirando siempre hacia el futuro. Y es así como debemos empezar, desde todos los ángulos, a forjar la verdadera escuela secundaria argentina, la que nunca tuvimos, pese a los esfuerzos de algunos.

Ese será el mejor homenaje que pueda tributarse a la memoria de Aníbal Ponce, maestro de corazón en el aula y en el libro.

MARTA ELENA SAMATÁN

Conferencia pronunciada en la Filial del Colegio Libre de Estudios Superiores de Rosario el 6 de junio de 1958.

La idea de la palabra en el «Cancionero» de Unamuno

por ENRIQUE PEZZONI

“Tengo la flaqueza de creer que o soy poeta o no soy nada. Ni de filósofo, ni de pensador, ni de filólogo me precio. Sólo presumo de ser un buen catedrático y un sentidor, o un poeta”. Esto escribía Miguel de Unamuno en 1911 —unos veinte años antes de iniciar la aventura del *Cancionero*—, al dedicar un ejemplar del *Rosario de sonetos líricos* a Ortega y Gasset que, por lo demás, no gustaba de su poesía. Tal declaración no habrá de alarmarnos, o siquiera sorprendernos, por poco que hayamos frecuentado la literatura de Unamuno, donde es habitual la identificación de la poesía con toda forma de creación¹.

“Piensa el sentimiento, siente el pensamiento, / que tus cantos tengan nidos en la tierra”. El precepto, formulado en un poema de 1907, ¿se dirige al poeta o al filósofo? A ambos, más bien, aunados en el instante de una peculiar forma de creación. Poetizar y filosofar no son para Unamuno menesteres distintos. “No quiero dar por filosofía lo que no es sino poesía”, dirá alguna vez. Pero no nos sobresalte el *sino*, no lo veamos como el menoscabo de una filosofía que hubiera pretendido dar trascendencia a meros arranques sentimentales. En lo que pone especial cuidado Unamuno es en desvincular su pensamiento de lo que él llama la filosofía *técnica*: “Estoy lejos de la filosofía técnica. Cada vez la entiendo menos. Se me ocurre que la

¹ Inclusive en el ámbito de lo puramente formal: “Los tontos —cuyo número es infinito— hablan de «estilo poético». ¡Estilo poético! Pero si todo estilo es poético o sea creativo, y si no es poético no es tal estilo, no existe. Porque lo que no crea no existe, no es cosa, no es nada. Que cosa quiere decir causa” (*Alrededor del estilo*, serie de artículos publicados en “Los lunes” de *El Imparcial*).

filosofía técnica no es más que filología; estudio sin sentido alguno de las palabras muertas. Nada más". Bien conocido, en efecto, es el ímpetu con que Unamuno se lanza contra toda forma de dogmatismo intelectualista. Pero tampoco hemos de interpretar esa violencia como un ataque contra la Filosofía, con mayúscula. Lo radical es en él su filosofía, su filosófico poetizar, su poético filosofar, esa forma suya de creación en que filosofía y poesía concilian milagrosamente sus discrepancias esenciales. Frente a la odiosa "tiranía de las ideas" Unamuno levanta el ideal, la idea viva, ahincada en el hombre, la idea que él "pueda romper como las botas, haciéndolas mías y usándolas"; frente al "tener razón" opone el "vivir verdad", que es "algo más que tener razón"; frente a la "vida humana", desvaída abstracción que en vano intentan aprisionar los filósofos en sus arquitecturas verbales, encontramos la existencia concreta, "la mía, la tuya, la de otro cualquiera", "el vivir irrenunciable que se hace a sí mismo, sin plan trascendente, viviéndose". Perpetuo ir y venir ése desde el pensamiento al sentimiento. En el hondo y oscuro sentir tiene sus raíces la filosofía de Unamuno, pero bajo la luz del pensamiento.

*Cuanto más denso más blanco,
si es pensamiento;
cuanto más denso más negro,
si es sentimiento,*

dirá en el *Cancionero*. Sólo que la pureza de lo blanco y la pureza de lo negro son atmósfera irrespirable para el concreto existir que es preocupación constante de Unamuno: habrán de fundirse los contrarios para que de la densidad de lo negro y de la densidad de lo blanco surja una luz nueva y más viva:

*Cristales, cristales, cristales,
.....
tinieblas cuajadas en roca,
la luz del abismo os baña,
y abrís, transparentes, la entraña
al beso del sol con su boca.*

*Cristales, cristales, cristales,
la luz en tinieblas anida.*

Este discurrir que no es filosófico ni poético, sino ambas cosas al propio tiempo, es el único capaz de narrar hasta el fin esa lucha entre instancias enemigas en que radica "nuestro trabajado linaje humano": razón contra fe, voluntad de perduración contra certeza de finitud, sueño contra vigilia, corazón contra cabeza... Desarrollando sus temas, o más bien exponiendo sus obsesiones en novelas, ensayos, poesías y hasta "canciones", ¿nos obliga Unamuno a revisar la noción de género literario? Más bien nos persuade de que la ignoremos, de que la sustituyamos por el individualísimo empleo que hace él de cada género, volviéndolo poesía, es decir lisa y llanamente *creación*. "Y si yo he andado confundiendo a mis lectores —escribe a José Balseire—, y alguien diría que tomándoles el pelo, con esas definiciones confusionistas a lo Parménides de nivola y novela y demás, ha sido porque no sé qué es novela, ni mis lectores tampoco, ni les debe importar". En otra parte nos cuenta cómo a Manuel Machado se le ocurrió en alguna ocasión una broma parecida, y llamó *sonite* a cierto soneto suyo escrito en versos de catorce sílabas. Pero detrás de la broma percibimos la admonición: así como no hay "la" filosofía, pero sí esa filosofía de un catedrático y sentidor llamado Unamuno, así como no hay "el" hombre, pero sí un devanarse de horas y días en que se va haciendo "un" hombre, no hablemos de "la" novela y "la" poesía. Unamuno no sabe qué es novela, no conoce sino sus novelas o nivolas, sus ensayos, sus poesías. Y nunca accederemos a esas creaciones si cedemos a la tentación de aplicarles el rótulo exterior de filosóficas. En las novelas de Unamuno, los personajes suelen discutir sobre la vida y la muerte y hasta sobre su propia condición, emancipándose del mundo ficticio a que pertenecen para problematizar no sólo su propia realidad, sino también la del novelista mismo que los va haciendo. En sus ensayos, Unamuno salta con característica violencia para atacar todo pensamiento puramente abstracto o sistemático. En sus poemas, de nuevo encontramos la lucha entre la fe y la razón y las burlas contra "el sabio que se murió de indigestión de verdad". Pero cada vez, aunque reconozcamos los mismos temas, es diferente el lenguaje o, si preferimos la metáfora del propio Unamuno, el camino. "Lo que más me preocupa es lo que llamaríamos metablema o trayecto". Eso es lo que él ve en cada creación, y hasta en cada obra "de ciencia o filosofía": un camino a través del cual ir diciendo el angustioso recelo de si existe o no otra cosa más allá

de ese acontecimiento inconcebible que llamamos nuestra muerte. Si los caminos se entrecruzan, nada es más peligroso para el artista que andar a horcajadas, con cada pie en un camino distinto. Su obstinada asimilación de la filosofía a la poesía, su condena de todo verso complacido o distraído con sus recursos formales ("no te cuides con exceso el ropaje, / de escultor, no de sastre es tu tarea")² nos inducirán a figurarnos la poesía de Unamuno como poesía *de ideas* en que el rigor del razonamiento se amenizara con el expediente del verso. Aún hay lectores que, estremecidos por el acre sabor de algunos poemas de Unamuno, ahuyentados por una especie de adustez de la forma que rehuye el deleite sensual, desdeñan por antipoética su poesía. Para ellos, Unamuno se habría pasado la vida precipitándose de un género a otro, buscando en vano expresar su "desesperada esperanza" y sin salir nunca de una zona fronteriza entre la supuesta libertad de la poesía (y en general de la ficción) y el único e inexorable cauce del razonar lógico. Así, la vida de Unamuno como escritor se nos aparecería como una trágica metáfora de esa lucha entre fe y razón en que él hacía consistir su vida de hombre "de humanidad", "soplo de barro, hombre de habla" que no escribía para pasar el rato "sino la eternidad" (*Cancionero*, 827). Hace pocos años la aparición tan esperada del *Cancionero* de Unamuno pudo disuadir a esos lectores aún recalcitrantes. El *Cancionero* es la mejor demostración de cómo, para él, filosofar no es sino poetizar y, al mismo tiempo, de cómo la poesía se manifiesta en él con su propio lenguaje.

Todos los temas de Unamuno desfilan por las mil setecientas cincuenta y cinco canciones del *Cancionero*, escritas casi a diario, durante nueve años, desde el 26 de febrero de 1928 hasta el 28 de diciembre de 1936, tres días antes de su muerte. Dos, cuatro, hasta cinco poesías suelen llevar la misma fecha, como si cada una naciera de la entraña de la anterior, como si el poeta hurgara con saña cada vez mayor en el mismo tema, trabajándolo en su propia carne:

² "Porque hay lengua que es vestido y hay lengua que es carne del pensamiento. El que escribe con lengua que llamaríamos indumentaria, de vestido, no puede mostrar desnudo su pensamiento, no puede desnudar su pensamiento al expresarlo por palabra o por escrito. Sólo desnuda su pensamiento el que lo encarna y no el que lo viste. Los sastres de la literatura, los estilistas, jamás llegan a desnudarlo" (*Palabras de sangre azul*, en *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 9-2-1924).

*¡Ay, jadeo de mi verso!
Soledad del universo,
mi alma se revuelve sola...*

Federico de Onís nos informa en el prólogo de su edición del *Cancionero* que ese diario poético se escribió en cuartillas muy pequeñas, o mejor en octavillas, que el autor llevaría sin duda en los bolsillos, para ir tomándolas en medio de sus tareas cotidianas e ir anotando en ellas sus canciones:

*Aquí os quedáis, mis momentos;
con el ritmo aquí os fijé.*

(1663)

En pleno fluir temporal, en el mundo inabarcable y versátil, la fijeza del libro es ya una forma de perduración para su autor:

*Aquí os dejo mi alma-libro,
hombre-mundo verdadero;
cuando vibres todo entero
soy yo, lector, que en ti vibro.*

(828)

“Alma-libro”, “hombre-mundo”... Unamuno ha tenido siempre que derivar y hasta inventar palabras para distinguir su pensamiento de los yertos tecnicismos habituales: así la “yoidad”, la “mismidad” del hombre, la “exfuturidad” de los momentos ya vividos, perdidos para siempre como posibilidad, la “in-sistencia”, vida vuelta hacia adentro, frente a la “ex-sistencia”, vida distraída con el mundo aparential. Aun cuando no deja de burlarse de esos “caracolitos lingüísticos”, como los llama, buena parte de su pensamiento está íntimamente ligado a esa peculiar expresión y hasta consiste en ella³.

³ Unamuno sostiene con frecuencia la necesidad de modificar la lengua, enriqueciéndola y flexibilizándola. Toda concepción estática del idioma es letal para ese idioma mismo. La riqueza de un idioma no consiste en el número de voces de que dispone: “A una lengua, si ha de vivir vida exuberante, le es forzoso ser, más bien que rica, fecunda; mejor que la copiosidad en vocablos hechos y provistos ya para el marchamo literario, habrá que valerle el rendir un buen rédito de ellos cuando hagan falta” (*Sobre la lengua española*, en *En torno al casticismo*). El idioma ha de manejarse “como cosa propia”. “Meter palabras nuevas, haya o no otras que las reemplacen, es meter nuevos matices e ideas” (*ibíd.*). Mal de España: exponer el pensamiento en una lengua ya constituida, de manera que “parece que todos piensan lo mismo, de la misma

Pero esta vez no se trata ya de experimentar audazmente con la palabra, de escudriñar en su entraña palpitante, de ir a beber en manantiales etimológicos en busca de signos precisos para ideas inéditas. Ahora, creando palabras el poeta crea realidades. "Alma-libro", "hombre-mundo": no un alma que sea como un libro, no un hombre que sea como el mundo. Las aposiciones han nombrado una nueva forma de la realidad cuyo comportamiento es original y exclusivo. Una realidad de doble faz que no es previa a su denominación, que ha sido creada por el nombre que la saca de la nada: alma que es a la vez libro, hombre que es a la vez mundo. El esfuerzo del poeta ya no se limitará a buscar la expresión más adecuada a su sentir; nombrar y crear se han vuelto para él una sola operación.

*Mil modos de decir la misma cosa
es mil cosas que decir:
hacer hablar a Dios, arte dichosa,
dicho, dicha, porvenir.*

(1069)

*Decidero es hacedero;
hacer sale de decir;
la palabra es asidero
para el goce de vivir.*

(1070)

Omnipotencia del poeta, no ya artífice del verso, sino administrador de esa facultad de plasmar el universo, "inmensa metáfora".

manera y en la misma forma" (*ibíd.*). ¿Cómo no recordar aquí esas páginas de Borges en que nos intima a enriquecer la lengua y se burla del optimismo de los diccionarios académicos, para los cuales la riqueza idiomática es la abundancia de voces: "palabras que sin la incomodidad de cambiar de idea cambian de ruido"? Para Borges, como para Unamuno, "las palabras hay que conquistarlas viviéndolas", ya que "la aparente publicidad que el diccionario les regala es una mera falsía". Como Unamuno, Borges pide a los escritores que "amillonen" el idioma, enumera y analiza recursos valiosos para ese enriquecimiento y hasta se abandona a la ilusión de un idioma omnipotente: "¿Por qué no crear una palabra, una sola, para la percepción conjunta de los cencerros insistiendo en la tarde y de la puesta del sol en la lejanía?"... Y no es sólo teórica esa aspiración en Borges, como en Unamuno, que de veras maneja el idioma "como cosa propia": "Cuando empecé yo a escribir se me reprochaba que eran mis escritos enrevesados y confusos, y mi lengua una especie de monserguño galimatías. Seguí haciéndome mi habla y me callé"...

*Pretendes desentrañar
las cosas? pues desentraña
las palabras, que el nombrar
es del existir la entraña.
Hemos construido el sueño
del mundo, la creación,
con dichos; sea tu empeño
rehacer la construcción.*

(394)

Una y otra vez insiste Unamuno en el *Cancionero* sobre el poder generador de la palabra. Por eso el silencio mismo es infinitamente promisor: en su seno, la palabra aún no formulada espera el momento en que, volviéndose sonido, creará:

*Bajo el azul duerme el aire,
silenciosa está la mar;
la rendida tierra verde
sabe á sueño de pasar.
Hundido en la compañía
de la eterna soledad,
oigo el silencio divino,
misterio de la verdad.*

(113)

*El silencio de honda sima,
el silencio de alta mar,
el silencio de alta cumbre,
el silencio del altar...*

(501)

*Qué buscar en el silencio
que es cuna de la palabra,
la verdad de Dios callado
a la puerta de su casa.*

(1622)

Hay todo un mundo inagotable como el nuestro constreñido en el silencio, pugnando por nacer, por encontrar la palabra que todavía no ha vibrado en el aire:

*Y otras ocultas posibilidades
que no hallan forma,
otras perdidas vías,
que buscan meta,
y otras formas que buscan materia,
naturaleza de un contra-cielo...
cosas no dichas...*

(1537)

La palabra una y otra vez, la palabra de cada día suplicada al Señor, la palabra definida, abierta para mostrar su latido, la palabra exaltada como el origen mismo de todo lo que es, previa a toda cosa, triunfante del fin de cuanto existe:

*Al principio la palabra,
antes del principio el fin,
no acabará la palabra,
y así el fin no tendrá son.*

(968)

*La palabra es la figura
del concepto creador,
y de toda la que brota
—al salir saliendo pura—
de la boca del Señor
vive el alma y no se agota
la fuente de la ventura:
la palabra es el amor.*

(1046)

¿Cómo no recordar el hágase divino, el logos del principio?

*El Verbo fue en el comienzo,
no la Idea, la visión;
“¡Hágase!” dijo, y al lienzo,
llenó de formas el son.
Del dicho al hecho no hay trecho,
hace el que dice al avío...*

(1674)

dición divina⁴, aunque en momentos de dolorosa impotencia el poeta perdido en el mundo fenoménico ha de suplicar la palabra de cada día, el anhelado sustento:

*¡Cúrame con tus palabras,
Señor! Cosas... Cosas... Cosas...
sombras no más de palabras,
no más sombras... sombras... sombras.
La palabra luz de fuente
y en la hora de las horas,
Tú al pie de Adán que crea
el mundo al poner la norma.*

(55)

Dios (el poeta) pone en el mundo la palabra, vigila su curso, le impone martirio:

*Llegó la tarde suprema
de redondearse tu obra
cuando la santa palabra
condenada y redentora
fue puesta en Cruz, Diccionario
y le arrollaste corona.*

(55)

Dios (el poeta) es el único capaz de "en un átomo sonoro / encerrar el universo". Y es también el amo despótico que deja hundida la palabra en la sima del silencio, desde el cual sólo puede dirigirse al alma directamente, sin ministerios que puedan descifrar u oír ojos y oídos humanos:

*Los árboles plumas, el mar tintero,
no le bastan al verbo del Señor;
el cielo de la noche es un letrero,*

⁴ Máximo Manso, personaje de Galdós, declaraba "Yo no existo". O sea que dudaba de su propia personalidad, que no era sino su propio estilo. El estilo de Manso era "todo él de muletillas, de frases de cajón, de expresiones trilladas". "El Amigo Manso creía que el hombre imita las obras de Dios, cuando es, acaso, Dios quien imita las obras del Hombre, *del Hombre que crea merced al lenguaje*" ("El amigo Galdós sobre el estilo", en *Alrededor del estilo*, "Los lunes" de *El Imparcial*, 1924).

*el alma penetra,
su voz de amor.*

(955)

El ceño implacable, el cielo desierto, como se llama en el *Cancionero* el Dios callado, no son en verdad sino indicios de una momentánea voluntad del poeta. La divinidad a la cual ha suplicado la merced de la palabra no es otra cosa que la admisión de una posibilidad inagotable, pero que a veces no es fácil encontrar. En un alarde arrogante, el poeta ha creado a Dios y nos ha persuadido de que está sujeto a su arbitrio, pero sólo para dejarnos vislumbrar que esa inmanencia, como todo cuanto puebla el mundo y la conciencia de los hombres, es una proyección de la energía de la palabra creadora.

*Dios, divina palabra...
palabra y se acabó...
mas la palabra labra,
palabra a Dios labró...*

(367)

“Palabra y se acabó”... ¿Iría a decir el poeta “mera palabra”, “tan sólo palabra”? ¿Asistiríamos de pronto a una desvalorización frente a la cosa misma, a lo mentado, de esa palabra exaltada hasta ahora como un molde hacia el cual se precipita la realidad tratando de precisar sus contornos y su naturaleza misma? Recordamos el ímpetu polémico con que alguna vez respondió Unamuno a la acusación de paradójico: “Han dado en llamarme paradojista o paradójico todos los imbéciles y todos los bueyes de la imaginación, miserables esclavos del sentido común de cocina y de retrete —por algo se le llama el “común” a éste— e incapaces de sentido propio. ¡Majaderos de piedra!” (*Teresa*). Pero ¿no es rasgo esencial del pensamiento de Unamuno el empecinado intento de reconciliar los opuestos más irreconciliables? ¿No es la suya una filosofía de tragedia y de lucha sin victoria última para ningún adversario? Previa a la nada, reemplazo de la nada, existe la palabra. La palabra crea nombrando. Decir “Dios” ya es dar vigencia de real a un puro anhelo. Y de pronto, el poeta, dueño de la palabra, dirige nuestra atención hacia la endeblez de sus figuraciones. Y hasta confiesa que hay una zona situada más allá del alcance

de la palabra, una zona en la cual esa bullente energía creadora no es sino un soplo de muerte. Es el ámbito de lo que el hombre nunca comprenderá, porque no tiene a su alcance un molde en el cual cristalizar lo inasequible sin destruirlo.

*Queda lo otro;
lo que nunca sabremos,
cielos de los térmitas,
universos del juez del abismo del océano;
lo que muere al tocarle el lenguaje,
lo inefable.*

(1539)

La grandeza de este fracaso parece conmover la grandeza que el poeta se ha arrogado. Recordemos los recelos anteriores de Unamuno con respecto a la palabra. Hueras arquitecturas verbales, argucias de la palabra: eso es para él toda filosofía empeñada en una partida de conceptos abstractos y con las raíces al viento. En ellas, tristes juegos verbales las venerables oposiciones entre materia y espíritu... Y la metafísica no es más que *metalógica*, un más allá del logos, de la palabra. Claro está que el filósofo tiene que atenerse al lenguaje y no puede filosofar sino en su lengua, aceptando la interdependencia establecida entre expresión y pensamiento. Pero el riesgo está en no trascender la simple dialéctica, en no despertar en cada palabra aquella vibración original con que se oyó por primera vez en el mundo: "el susurro divino de dentro nuestro... la voz íntima que nos viene de aquella voz pura que dijo: "¡Hágase!", y quedó hecho... ¡la voz!" (*Alrededor del estilo*). Constante oscilación: la palabra como fuente de posibilidades; la palabra como certeza de nuestras limitaciones. La razón misma, dice Unamuno en *Del sentimiento trágico de la vida*, debe su origen, acaso, al lenguaje y es incapaz de darnos corroboraciones que sólo encontraremos en lo viviente. "Logomaquias" las riñas entre denominaciones que no entrañan definiciones, humosas "fonologías" que se presentan como ideologías ("Egologías y consistiduras", en *Visiones y comentarios*). En el ámbito de la lucha política, los adversarios no son a veces más que rótulos: social nacionalismo, nacional socialismo, derechas, izquierdas: "camelos de la electorería". Como profesional de la literatura, cuánto desdén siente Unamuno por los maniáticos de la pulcritud exterior. "Prosa

aceitada" la que se complace en sí misma, la de "quienes no piensan en lo que escriben, sino en cómo han de escribirlo y, claro está, hacen que la cosa les resulte artísticamente detestable". Toda su admiración la reserva para la prosa viva, la que parece hablada, "y a veces agitada, como la de Sarmiento" (*Contra esto y aquello*). Es de veras asombroso este menosprecio, en quien ha tenido siempre que buscar e inventar palabras, hacia los que se demoran en el deleite de lo verbal. Así se definirá él mismo en el *Cancionero*:

*Hombre de letras no, que no soy tabla,
ni humanista, ni literato;
hombre de humanidad;
soy soplo en barro, soy hombre de habla;
no escribo por pasar el rato
sino la eternidad.*

Y, sin embargo, en el mismo *Cancionero*, nombres de personas y de lugares suelen repetirse como en una especie de hipnosis, y el juego de palabras se vuelve alucinante:

*Ávila, Málaga, Cáceres,
Játiva, Mérida, Córdoba,
ciudad Rodrigo, Sepúlveda,
Úbeda, Arévalo, Frómista,
Zumárraga, Salamanca,
Turégano, Zaragoza,
Lerda, Zamarramala,
Arracundiaga, Zamora,
Sois nombres del cuerpo entero,
libres, propios, los de nómina,
el tuétano irreductible
de nuestra lengua española.*

(274)

*Divertido es advertido
subvertido revertido,
y al final de introvertido
por convertido invertido.*

*Hombre, lumbre; hembra, cumbre;
miembro siembra sombra de hambre;
nos remembra la costumbre
pesadumbres de raigambre.*

(300)

*Un letrado espiritado
nos propone el compromiso,
afora al desafortado,
del caso hace caso omiso...*

(110)

*Ese zángano zanguango
zangarrea la bandurria
zangoloteando en un tango
la zangarriana, la murria.*

(1236)

A veces cuesta llamar poemas a esas ásperas series en que no hay siquiera un halago musical⁵. Sin embargo, son estos poemas los que nos aclaran esa doble actitud de Unamuno: su desdén por la palabra sin vida, su constante incitación a que el escritor genuino dé un alma a la palabra y se forje su propia habla. Unamuno vive las palabras, que para él tienen la misma genealogía que el filosofar: el sentimiento. Viviendo las palabras, re-suscitando en ellas la "mismidad" del hombre, Unamuno impide que su filosofía no sea más que una combinación de palabras. Así podrá formularse en palabras que ya no serán abstractas. Trabajar como filólogo no es para Unamuno diseccionar la palabra, sino ir en busca de su latido. Ese es el propósito que le ha inducido a iniciar el *Cancionero*: abrir la carne de la palabra viva, "hurgar y escarbar las entrañas del lenguaje":

*Niño viejo, a mi juguete,
al romance castellano,
me di a sacarle las tripas
por mejor matar mis años.*

⁵ Por lo demás, poco cuesta encontrar declaraciones de Unamuno contra la poesía que tiende a ser sólo música, la que "se convierte en opio para adormecer inquietudes que deben estar siempre despiertas", o contra la poesía "de pura sensación —olores, colores, sonidos, ráfagas, etc.—, que no llega al alma de las cosas".

*Más de pronto estremeciése
y se me arredró la mano,
pues temblorosas entrañas
vertían sonoro llanto,
con el hueso de la lengua...*

(611)

Conservar la carga semántica de cada palabra, pero haciéndola cada vez peculiarmente expresiva, como creada especialmente para la ocasión, es devolver la vida a la palabra muerta del diccionario:

*¡Resucitar una palabra muerta!
¡Triunfo cimero de superchería!
Lázaro redivivo abre la puerta
de un mundo que esperaba poesía...*

(1392)

"Triunfo de superchería" el *Cancionero* mismo: prodigio de una magia que trasfigura la palabra. El juego de palabras también es poema porque en él la palabra habla consigo misma, "monolodiaga" como el propio Unamuno.

*La palabra luz y fuego
fuego en luz
que nos labra cruz y juego
juego cruz.*

(755)

No son esos juegos combinaciones de signos muertos o dibujos hechos con el sonido para adormecer o irritar al oyente. Más bien demostración de cómo la palabra, aun llevada por el poeta a situaciones casi imposibles, no pierde esa unidad de significación y sonido que parece lograda cada vez.

*Juega la palabra
y apalabra el juego,
que es como se labra
bronce eterno a fuego.*

(459)

Así puede el poeta dejarse llevar por el canto y navegar en las aguas del ritmo:

*A ver, ¿qué tienes que decirte?, aguarda,
el ritmo mismo te traerá la idea
—duerme en el seno del lenguaje mudo—
busca tan sólo las palabras; ellas
te crearon el alma y al creártela
te hicieron creador; esto es: poeta.*

(104)

Dejarse llevar por el canto no es la mera efusión lírica, sino el hacer canto de la palabra, o sea volverla poética, que es sinónimo de creadora:

*¿Hace el vuelo las alas o las alas
hacen el vuelo? ¡La cuestión eterna!
Cuestión de que lenguaje filosofe,
con la filosofía se haga lengua,
y la lengua badojo que le arranque,
al corazón su grito de protesta.*

(104)

Lengua, no lenguaje. Otro modo de llamar la palabra poética, la que crea las cosas descubriéndoles el alma:

*Lengua, léngua, no lenguaje;
lengua que es carne sin hueso;
vendrá la letra, visaje,
calavera para el seso.*

(1164)

La lengua es el organismo vivo y fecundo. El lenguaje es la letra muerta de la "cochina literatura", del cientificismo tan seguro de sí y de sus vanas fórmulas, de la filosofía vuelta de espaldas al sentir, de la poesía hecha con ardides formales y embelecios del sonido, con palabras en que se ha escindido la íntima fusión que es su esencia y ha muerto en puro ruido o en pura idea.

...es con versos no hechos

como se trama la prosa.

*igual que en la choza astrosa,
se hace cama con helechos...
y adiós ritmos de espesura,
que al aire ondulaban antes.
Prosa, ¡cama de basura!*

(1533)

Lengua, palabra viva, por un lado, y por el otro, lenguaje, letra muerta. No otro sentido tiene aquí la oposición entre prosa y poesía. Un ensayo, una novela que sea genuina forma de creación pasa a ser poesía. La misma explicación tiene el enfrentamiento de la poesía "pura" y la poesía "ejemplar" en el *Cancionero*. "Ejemplar", desde luego, no alude aquí a una intención didáctica; ejemplar más bien como imagen o *ejemplo del mundo*, como re-presentación que es re-creación del universo. La poesía pura, en cambio, es la de la letra muerta, de la palabra —repiteámoslo una vez más— desposeída de su unicidad y de su poder creador.

*Haz tu juego y no juguete.
Jugueteos de juglares,
sin aire de calentura,
darán poesía pura,
no poemas ejemplares.*

(421)

Esa pureza es más bien una asepsia de la intimidad de las cosas; no es diafanidad, sino insustancialidad. Qué fecundo, en cambio, el verdadero poetizar, en lucha constante por hacer y hacerse.

*¡Ay febril poesía impura!
La del quiero y no puedo,
la que busca y procura,
sin encontrar, la de la eterna sed.
Góngora, vil, cobarde,
jesuita del arte de arterias
de patronal merced...⁶*

⁶ Esta salida contra Góngora, en quien Unamuno descubre de pronto una muestra del "jugueteo" verbal, vuelve a recordarnos a Borges, que tacha despectivamente de "intentona de gramáticos" las proezas gongorinas.

Hombre-mundo: su propia actividad creadora convierte al poeta en espectador del universo y en su centro mismo:

*Aquí en estas canciones presurosas,
prisa de eternidad,
aquí hay estrellas, soles, nebulosas,
celeste infinidad,
planetas y satélites, cometas,
aerolitos perdidos,
pedruscos desprendidos
de Dios; la Oscuridad
y todo en derredor de un punto oscuro
donde todo se encierra
—lo de fuera es de dentro—:
centro del Universo eres, mi tierra,
y yo tu centro.*

(620)

El poeta atestigua la diversidad del universo; ahincado en ese instante fuera del tiempo que es la creación, el poeta se arrebatada al fluir temporal que de otro modo lo enloquece y que ya le ha hecho exclamar: "Me sucede desde hace algún tiempo una cosa pavorosa y es que el corazón parece haberseme convertido en un reloj de arena... Jamás sentí... de tal modo el correr del tiempo, que todo se nos va de entre las manos..."⁷ Crear, identificarse con la creación, fundirse con el poema es obtener una prenda de subsistencia, una forma de inmortalidad. Cuando leas este libro, nos dice, *me leerás*; si mi verso vibra en ti, seré yo quien vibre, re-suscitado por ti. Pero de pronto, qué ilusorio se le revela ese baluarte contra el tiempo. No es la persistencia del alma-libro la que ansía, no es ese arrebatador espectáculo del universo el estado perdurable a que aspira. "¡Queremos bulto, y no sombra de inmortalidad!" Recordemos que el poeta, persuadido del poder de la palabra y dueño de él, retrocedía ante la zona de "lo otro", "lo que nunca sabremos", lo inefable. ¿Y qué es eso, sino el fluir del tiempo, del río que va de la nada a la nada? Para la palabra, la viviente palabra poética, nombrar es

⁷ Cf. S. Serrano Foncela: *El pensamiento de Unamuno*, Fondo de Cultura Económica, 1953, pág. 108.

crear, decir es hacer. Pero crear, decir *en el tiempo*. También la palabra es de índole temporal y debe deponer su imperio ante lo inefable. Encontrarle un nombre sería adueñarse del misterio: sería detener el fluir, encontrar "la piedra filosofal de la trascendencia". Pero lo inefable es "lo que muere al tocarle el lenguaje". Y el poeta, hombre de nuevo, hombre transitorio y en viaje, queda restituido al torrente de los días:

*Horas, días, años, siglos
y milenios
vienen, corren, huyen, vanse,
pasan, sueños!
Sombra suelta, vana, fría,
y sin suelo
solo, ciego sordo, mudo,
queda tiempo.*

(183)

Vivir es, otra vez, amontonar "ex-futuros", robarse a sí mismo posibilidades de vida. El consuelo está en decirse que lo que pasa, lo destinado a morir, es lo que vive; mientras que lo estático ya está muerto de antemano:

*En el río se mira la montaña
sintiéndose vivir,
en las aguas su espíritu se baña
sintiéndose sentir.
Lo que queda se mira en lo que huye,
el alma que se va;
vive y siente tan sólo lo que fluye,
lo que no volverá.*

(273)

Pero la posibilidad de perdurar en el poema, en la creación, si durante un instante pareció el triunfo del afán de trascendencia, llega por fin a verse con temor. Éste es el sentimiento poetizado en el poema 1181 del *Cancionero*, quizá el más trágico, la mejor voz de la angustia de Unamuno:

*Leer, leer, leer; vivir la vida
que otros soñaron;
leer, leer, leer; el alma olvida
los que pasaron;
se queda en las que quedan,
las flores de la pluma,
las solas, las humanas creaciones,
el poso de la espuma.
Leer, leer, leer; ¿seré lectura
mañana también yo?
¿Seré mi creador, mi criatura?
¿Seré lo que pasó?*

ENRIQUE PEZZONI

Primera parte de la clase dada en el Colegio Libre de Estudios Superiores, el 25 de octubre de 1957. La segunda parte la publicaremos en nuestra entrega de diciembre.

Sobre el problema de la educación musical en la Argentina *

por ERNESTO EPSTEIN

II

En la primera parte de estas reflexiones hemos establecido los fundamentos sobre los que se levantaría una nueva modalidad de enseñanza musical, arraigada en aquel concepto de la actividad educadora que ve su objetivo principal en la formación armoniosa del educando y no en el impartir conocimientos y habilidades que aportarían una supuesta habilitación para la vida profesional posterior. Hemos detallado las cualidades pedagógicas que en cantidad asombrosa posee la música, por lo que le correspondería un lugar, si no de privilegio, por lo menos importante dentro del plan de estudios de la escuela primaria y secundaria. Y repitámoslo aquí una vez más: no es la música como fin en sí mismo —por deseable y valiosa que fuera la posibilidad de llevar a los alumnos hacia la vivencia de la música por una probable participación en ella —, sino como *medio* del proceso educativo, la que justifica esta consideración tan elevada, pues por tal cualidad incide de modo múltiple y en forma decisiva sobre el individuo y el grupo, sin que este efecto dependa de una disposición, de un talento pronunciado.

Hoy hemos de preguntarnos si, y en qué medida, la realidad de nuestro país responde a estos postulados, y cuáles serían las medidas aconsejables para concretarlos en forma adecuada y de acuerdo con las condiciones particulares que rigen en nuestro sistema social y edu-

* La primera conferencia de este cursillo ha sido publicada en el n.º 280, vol. LII de *Cursos y Conferencias*.

cativo. Lamentablemente no es menester realizar profundas reflexiones e investigaciones para contestar a la primera de las preguntas formuladas: en relación al nivel ostentado por la vida musical que se despliega en la capital y las principales ciudades del interior, y en relación a los medios de difusión de la música y la organización existente de la enseñanza en general, la educación musical se encuentra en un estado de abandono y atraso que de ninguna manera se justifica, y que reclama una pronta y exhaustiva reforma. Esta reforma debe extenderse a tres aspectos principales: la jerarquización de la materia música; la adecuada formación del profesorado de la materia, y la confección de nuevos planes y programas de estudio unida a la implantación de nuevos métodos y sistemas de enseñanza.

Se comprende fácilmente que estos tres tópicos están íntimamente relacionados entre sí, y constituyen en realidad los tres componentes de un solo postulado; es casi innecesario argumentar que los programas y planes más perfectos que pudieran ser formulados por alguna autoridad competente, no significan de por sí ningún adelanto si no están en manos de maestros capacitados para interpretarlos y convertirlos en realidad. (Por el contrario, aun el peor programa no es obstáculo para una enseñanza fructífera en manos de un verdadero pedagogo, debidamente preparado). Y la mayor jerarquía de la materia no puede ser decretada unilateralmente desde arriba, sino que debe surgir además como consecuencia ineludible de la dignidad y trascendencia que adquiere en el ambiente del aula.

La situación que presenta el país con respecto a nuestro tema, es sensiblemente parecida a la que imperaba en Alemania hace algo más de medio siglo. A raíz del relato de un pedagogo inglés, Hullah, quien resumía los resultados de un viaje por Alemania con la sentencia de que en el país de Bach, Beethoven y Brahms, la enseñanza musical se reducía a la ejecución de algunos cantos religiosos y marchas patrióticas, se originó un poderoso movimiento tendiente a una orientación completamente nueva de este aspecto de la organización escolar. El lema de esta campaña, a lo largo exitosa, fue "el porvenir de la música alemana se decide en la escuela", llamado que fue oído por las autoridades competentes que, paso a paso, procedieron a la realización de los nuevos ideales. También ellas vieron el problema en su totalidad, y así, conjuntamente con las modificaciones de los programas que se imponían, se creó un instituto destinado a la formación de profe-

sores de música con una orientación eminentemente pedagógica. Mencionamos este detalle porque nos parece que por el mismo punto debe empezar la reforma de la enseñanza musical en nuestro país. En realidad no se comprende cómo no se ha reconocido aún en todas partes, un hecho tan simple como el de que la formación artística procede por caminos distintos de la pedagógica o docente. Ciertamente, existen en algunos lugares —por ejemplo en Rosario— institutos o escuelas de profesorado musical que consideran esta circunstancia fundamental; pero en la primera institución de nuestro país, el Conservatorio Nacional de Música, el reconocimiento de verdad tan fundamental no ha cristalizado en la correspondiente organización de los cursos y carreras que allí se siguen. Actualmente, sólo en el último año del profesorado los alumnos reciben alguna enseñanza de orden didáctico, en forma precaria e insuficientemente organizada. Con estas experiencias prácticas insuficientes, con escasa formación artística y cultural, reciben el título que les otorga el derecho de aspirar a la cátedra musical en escuelas primarias y secundarias. No es posible aunar las considerables exigencias de una carrera artística —por ejemplo, pianística, que insume varias horas de ejecución por día— con la formación múltiple y completa a que debe someterse quien piensa dedicarse a la enseñanza en forma eficaz. Si por razones técnicas no se puede proceder a la fundación de un nuevo instituto de capacitación pedagógica musical, por lo menos debería llegarse a la división nítida de las dos carreras en determinado momento de los estudios musicales. El futuro artista seguirá sus cursos concentrando su interés y su esfuerzo en adquirir el cabal dominio de su instrumento o la técnica de dirección o de composición; completará su cultura musical con las materias afines, armonía, historia de la música, conjunto coral, etc. Pero el estudiante que siente en sí la vocación de la enseñanza, ha de tomar un rumbo distinto; seguirá la práctica de un instrumento, mas sólo en la medida en que lo necesitará como recurso para su actividad pedagógica. En el mismo plano se agrupan distintas materias, todas importantes, cuyo conjunto asegura la eficiencia en su futura profesión: higiene y educación vocal; dirección coral; historia y estética de la música; materias pedagógicas (psicología, metodología y didáctica); conocimiento de un segundo instrumento de orden eminentemente didáctico, utilizable en cualquier circunstancia (por ejemplo: guitarra, acordeón, flauta dulce, etc.); armonía y contrapunto, materias impartidas con finalidad

práctica; improvisación instrumental; éstas son, al lado de las materias de cultura general, las principales asignaturas que, desarrolladas en un amplio plan que debe comprender varios años, formarán la base para un desempeño eficiente y fructífero en la cátedra respectiva. Dicho sea de paso, el pronunciado talento artístico y la vocación pedagógica, pocas veces se dan en la misma persona, y hay que impedir que numerosos estudiantes de música se vean frustrados después de largos años de frecuentación del Conservatorio por no haber podido concretar una ni otra posibilidad de actuación profesional.

Previendo cualquier objeción que se pudiera formular, admitimos que tal plan de formación, completo y exigente, sólo se justifica cuando al fin de los estudios el egresado ve o entrevé siquiera, la posibilidad de una actuación prestigiada en el sentido moral y económico. Una cosa depende de la otra, ya lo hemos dicho, y el profesor de música que sería el producto de tal instituto superior, estaría naturalmente a la misma altura de cualquier docente o profesor, pues la materia representada por él, por la importancia que se le otorgue dentro del plan educativo, ha de estar en el mismo nivel que las asignaturas de orden científico. En la primera conferencia hemos justificado tal postulado, por lo que no cabría volver a plantear el mismo problema en esta oportunidad. Sólo resta decir que así como el reconocimiento de la música como materia de primer orden depende de la orientación general que se pretende dar a la educación en nuestro país, el proyecto tendiente a la formación del profesor de música del porvenir debe correr paralelo a la formación de un nuevo tipo de maestro en general, capaz de transformar nuestra enseñanza, aún en vasta medida plagada de intelectualismo árido e infructuoso, en la verdadera formación de la personalidad del niño y del adolescente postulada a diario en congresos, conferencias, convenciones, libros y artículos.

No queremos pecar de injustos y sectarios; sabemos bien que individualmente existe en nuestro país un número apreciable de maestros y profesores de música que cumplen su misión con entusiasmo y eficacia, a pesar de las lamentables limitaciones a que ven sometida su actividad que merecería un más amplio apoyo y reconocimiento; métodos modernos de enseñanza musical han penetrado casi diríamos de contrabando, en algunos círculos, o son puestos en práctica en forma individual. Sin embargo, corresponde al Estado el deber de asegurar

la formación adecuada de *todo* el magisterio, dar las normas y la posibilidad material y técnica para el logro de este objetivo.

Tampoco abogamos por un cambio repentino e inconsulto que dejaría a la zaga un gran número de maestros capaces de comprender y realizar en su esfera personal una nueva orientación pedagógica si se les da la oportunidad de recuperar la enseñanza y el adiestramiento didáctico que, no por su culpa, ha faltado en sus propios estudios. Cursos de temporada de capacitación pedagógica, impartidos por especialistas en la materia; congresos y jornadas en la capital y el interior del país, que reúnan grupos de maestros en forma de seminarios de trabajos prácticos; instalación de escuelas-piloto donde se formarían núcleos reducidos en número, que a su vez servirían de focos de irradiación de los nuevos métodos y prácticas de enseñanza: todo esto, conjuntamente con las nuevas generaciones de profesores que saldrían de acuerdo al plan trazado, promoverían la paulatina transformación de la educación musical en todos los ámbitos de la República.

No es aquí el lugar para entrar en detalles respecto de las distintas condiciones imperantes en la capital y las provincias, en distritos urbanos y rurales, que requieren una atenta consideración de las posibilidades y necesidades particulares. Precisamente, los nuevos métodos favorecen el desarrollo de un verdadero goce y apreciación de la música también en centros apartados de las grandes ciudades. Los instrumentos folklóricos o populares, la formación de pequeños conjuntos vocales e instrumentales con instrumentos de percusión de toda índole, el importante papel representado por melodías de origen regional, villancicos y rondas infantiles en los más novedosos métodos europeos como los de Orff o Bergese, son elementos fundamentales de la educación musical, valederos en cualquier ambiente y que propenderían a la adquisición de un núcleo de vivencias musicales comunes, desarrollados en mayor o menor grado en todo el territorio del país.

De esta manera hemos llegado al tercero de los tópicos señalados al principio de estas reflexiones, el que se refiere a la reforma de planes, programas, métodos y recursos pedagógicos en el campo de la educación musical. El tema es demasiado amplio para ser desarrollado en el marco limitado de una disertación. Destaquemos sólo algunos hechos que circunscriben la situación imperante: en primer término, ya no se deben cerrar los ojos ante la absoluta inoperancia de los métodos — si de métodos puede hablarse — que han sido aplicados y

siguen aplicándose en la mayoría de nuestros establecimientos educacionales. Remito a cada oyente a sus propios recuerdos para comprobar la veracidad de nuestro aserto. En general, la clase de música comprende sólo dos aspectos: el aprendizaje —en la mayoría de los casos por el procedimiento antipedagógico de la mera repetición— de unos cuantos cantos, marchas e himnos patrióticos, y, desligada completamente de esta faz “práctica”, la enseñanza árida y resistida de algunos conocimientos teóricos y de solfeo. La verdadera finalidad de la enseñanza musical, la sensibilización de los niños y adolescentes, que tiende a despertar el placer en la actividad o audición musical, al “vivir” intensamente esta expresión maravillosa que es la música, trátase de la más sencilla ronda infantil o de la obra de uno de los grandes compositores del pasado o de nuestra época, no fue ni siquiera incluida en tal tipo de clase.

Precisamente, los métodos modernos, a pesar de las diferencias a veces considerables que ostentan en su planteo y forma didácticos, se encuentran en una base común: la *vivencia* del fenómeno musical precede a todo proceso analítico en la práctica o en la explicación teórica. Y más aún: la actividad propia del educando, en cada una de las fases del proceso didáctico, es, por lo menos en esta materia, la forma más eficiente y adecuada de la enseñanza. Sobre este fundamento han sido desarrollados, desde principios de este siglo (Emilio Jaques-Dalcroze) numerosos sistemas y métodos, y han surgido gran cantidad de recursos y elementos auxiliares de la pedagogía musical: el movimiento corporal como representación de la sustancia rítmica y expresiva de la música; el conjunto de instrumentos de percusión, xilófonos y metalófonos con placas removibles en los que se va ampliando paulatinamente el “material” sonoro; sistemas que usan la antigua práctica de señalar las notas en el espacio por adecuados signos manuales; sílabas rítmicas que permiten “cantar” las figuras; éstos son sólo algunos recursos que la pedagogía moderna pone a disposición del maestro, quien hará uso de ellos de acuerdo con su propia convicción y temperamento, sus experiencias y el ambiente en que le toca actuar.

No se puede ignorar la profunda y positiva transformación que tales métodos y sistemas han producido en la educación musical en el transcurso de las últimas décadas. En nuestro país, su conocimiento es sólo parcial y se limita a un círculo reducido de maestros y profesores que los están aplicando con innegable éxito. Sería deber de las

autoridades poner a *todos* los educadores en contacto con ellos para acrecentar su capacidad profesional e infundir en la enseñanza de la música una nueva vitalidad acorde con el progreso del país y el derecho que posee cada uno de sus habitantes de un pleno desarrollo de sus posibilidades y talentos en favor del bien común.

Nuevamente deseo prevenir una posible objeción. No se trataría de imitar e importar sin discriminación sistemas educacionales desarrollados y aplicados en otros países. Existen demasiadas diferencias de índole lingüística, climatérica, de tradición y temperamento para que se pueda admitir tal procedimiento primitivo. Mas tampoco es razonable ni patriótico rechazar las experiencias y aciertos realizados en naciones y por educadores de vasto y asentado prestigio e idoneidad en este terreno. Se trataría de proceder a una selección y adaptación, realizadas sobre la base de estudios exhaustivos y posterior experimentación, pues sólo mediante la aplicación práctica se puede comprobar la eficacia de nuevos métodos. Cabe señalar que en los países europeos y en los Estados Unidos se deja mucha libertad al maestro en cuanto a la elección del método, pues a raíz de su formación completa, se le otorga plena confianza con respecto al desempeño de la cátedra. También allí existen problemas, pues en educación las cosas están en continua fluctuación; no existen las soluciones perfectas, y actualmente resulta muy difícil encontrar el equilibrio entre las materias de orden científico —cada día más vastas, complejas y absorbentes— y las de índole estética. No en todas partes la situación es tan halagadora como, por ejemplo, en las escuelas primarias de la ciudad de Zurich, donde el plan de estudios comprende cuatro clases semanales de música; donde el 65 % del alumnado participa voluntariamente en las clases de flauta dulce, impartidas en las mismas escuelas, y pasa más tarde el 50 % de estos alumnos al estudio de otro instrumento (flauta, oboe, clarinete), con lo que al margen se ha resuelto también el problema de las nuevas generaciones de músicos para las orquestas sinfónicas.

Mencionaremos finalmente otra institución que representa una ayuda valiosísima en la realización de una educación musical moderna, eficiente y general. Nos referimos a la radioescuela musical, de insospechada difusión en varios países europeos. En Inglaterra, por ejemplo, más de 28.000 escuelas primarias y secundarias, en toda la extensión del territorio de las islas, están "abonadas" a estas audiciones que,

diferenciadas para cada grado y año, se transmiten una o dos veces por semana durante el horario de las clases. No se trata con la radioescuela de prescindir del maestro suplantándolo por este tipo de enseñanza anónima. Muy por el contrario, nadie piensa negar el valor insustituible de la persona del educador, mas la radioescuela facilita su tarea, suministrándole todos los elementos y recursos de que no puede disponer; y esencialmente está destinada a completar la tarea pedagógica en aquellas escuelas donde actúan maestros de grado, sin preparación musical especializada.

Se abre ante nosotros un vasto campo de realizaciones posibles. Efectivamente, invito a la reflexión sobre cuántos de los mencionados métodos y recursos podrían ser incorporados a nuestras escuelas sin mayor dificultad que la que significa el trazado de un plan orgánico para su concreción y la decisión de poner manos a la obra empezando de una vez la impostergable tarea de colocar este aspecto de la educación a la altura del momento presente, en prosecución de un ideal de cultura que debe informar todas las actividades nacionales.

ERNESTO EPSTEIN

Clase dada en el Colegio Libre de Estudios Superiores, el viernes 20 de setiembre de 1957.

Enrique Ferri y la escuela positiva

por ALFONSO CORRADINI *

Sobre la memoria de Enrique Ferri había descendido durante años en Italia la cortina del silencio sin que lograran levantarla las pocas voces encaminadas a denunciar la ilegitimidad de tal olvido. Casi de improviso, por uno de esos movimientos que son típicos de la mente y el corazón de los latinos, la figura del jurista y del maestro volvió, no hace mucho, al proscenio de los honores; y volvió a través de un coro tan vasto de entusiasmos como para suscitar la reacción de un pensador ilustre, Gaetano Salvemini, quien sintió la necesidad de oponerles las graves debilidades del hombre, en nombre de la rectitud y la coherencia moral.

La unión de las dotes de la inteligencia con las del carácter es una de las prerrogativas del hombre excepcional. Y tal era ciertamente Salvemini, de quien conviene recordar los altos títulos y meditar las palabras pronunciadas en su lecho de muerte, auténtico mensaje socrático a la humanidad contemporánea.

Enrique Ferri no fue de ese temple. Afearon su personalidad ciertos pecados de ambición e inmodestia, todavía no olvidados por la generación anterior, que lo empujaron, ya célebre y anciano, a

* El autor de este breve ensayo, abogado italiano residente en Turín, ha colaborado otras veces en *Cursos y Conferencias*. Su infancia y primera adolescencia trascurrieron en la Argentina, tierra que él recuerda con afecto y cuya literatura, así como la española, cultiva. Nadie ignora qué significó a fines del siglo pasado y comienzos del presente la obra de Enrique Ferri para los criminalistas y penalistas argentinos de la escuela positiva. La rememoración nos parece además oportuna al haberse cumplido este año, cincuenta de la fecha en que Ferri nos visitó suscitando calurosos aplausos en sus elocuentes y espectaculares conferencias y provocando ásperas contradicciones de los políticos y estudiosos socialistas, por las opiniones vertidas por él, entonces socialista, sobre el socialismo en la Argentina. *N. del Trad.*

hacer profesión de simpatía por el fascismo; no la última razón, acaso, entre otras, de la aversión por él despertada en todos los campos de la opinión política y de la sombra formada en torno de su obra.

Si, con todo, es merecedor de indulgencia aquel que, no obstante ciertos defectos del carácter —de los cuales tampoco estuvieron inermes algunos grandes y santos— se vuelve benemérito para el pensamiento humano, cuyo progreso promueve, débese reconocer justa, dentro de determinados límites, la rehabilitación actual de Ferri. Nadie puede negar el valor; asimismo moral, de una actividad desarrollada incansablemente durante más de cincuenta años por medio de la pluma, la enseñanza y la profesión forense; pero, sobre todo, faltaría a la objetividad quien pretendiese disminuir la contribución aportada por él a la ciencia del derecho penal, contribución concretada en la creación de una doctrina y una Escuela, válidas todavía en gran parte y, cualquiera que sea el juicio que recaiga hoy sobre aquéllas, notables piedras miliarenses en el camino de la ciencia.

Para los argentinos, que conocieron a Ferri en días ya lejanos y acogieron su pensamiento a través de la obra de algunos de sus juristas, puede no ser inútil una breve síntesis de su pensamiento y este intento de esclarecer sus dimensiones.

I. De las condiciones históricas de la ciencia y del derecho penal en la época en que surge la Escuela Positiva, criatura de Ferri, tenemos un cuadro bastante objetivo y preciso en su obra de la madurez, los *Principios de Derecho Criminal*, definidos su testamento científico. Para encuadrar debidamente esa Escuela, para precisar sus exigencias vitales y comprender su importancia, aún es preciso dar otro paso, contemplar el panorama de nuestro pensamiento jurídico y abarcar los años que sucedieron a las afirmaciones de la Escuela Positiva hasta nuestros días.

El derecho penal moderno, cuya paternidad pertenece a Italia por autorizado reconocimiento de los extranjeros, se sustenta, en sustancia, en un problema de justicia, que es a un tiempo, humano y jurídico, individual y social. El análisis del derecho de castigar y del fundamento de la pena, pilares de todas las teorías y todas las legislaciones, siempre han tenido por objeto el dicho problema, y las soluciones adoptadas, en la doctrina y el derecho positivos, han procurado resolver sus múltiples aspectos. La meta última es la solución integral, meta, si quizás inalcanzable, a la que la ciencia intenta acercarse.

El primer paso —y fue gigantesco—, lo dio la gloriosa Escuela Clásica, que marca una conquista del individuo frente al arbitrio de la autoridad estatal. La Escuela Positiva realiza otro progreso en la dirección humana y concreta, pero, sobre todo social, del problema; por último, el Tecnicismo Jurídico, reencarnación contemporánea de la Escuela Clásica, vuelve a colocarlo en el terreno estrictamente jurídico, donde encuentra su asiento más apropiado, y reivindica la justa autonomía del derecho penal frente a otras ciencias extrajurídicas. Pero la marcha de la ciencia no se detiene, y otras doctrinas, independientemente de las tentativas de naturaleza ecléctica, más o menos felices, han aparecido en el horizonte, no importa si, por ahora, de escaso relieve y poco seguidas en el campo teórico y práctico. En este esfuerzo del pensamiento científico para alcanzar una siempre más completa y perfecta afinación de instrumentos delicados y fundamentales cuales son la ciencia y el ejercicio del derecho de castigar, la Escuela ocupa un lugar y cumple una función de notable importancia.

Hablar de decadencia de la Escuela Clásica, como hizo Ferri, seguido por la mayoría de los historiadores, quizás es excesivo. Es, en cambio, exacto que dicha Escuela —la cual, no obstante, ostentaba los nombres de Beccaria, Carrara y Pessina—, cumplido el propio ciclo histórico se revelaba ya impotente ante las exigencias siempre más graves y complejas de la justicia, para resolver sus problemas.

Había sido mérito de los juristas clásicos crear un sistema de estructura exterior perfecta, cuyo signo distintivo más destacado era una sutil y fina anatomía del delito y de la pena. La culpabilidad moral en ese sistema era puesta como pernio de la punibilidad, y la represión del delito constituía la función de la pena y la justicia penal, cuyo mecanismo hacía consistir en la equivalencia matemática entre la pena y el delito: en una "dosimetría", por decirlo con Ferri, o sea en una especie de ecuación en que el delito hallaba en la pena correspondiente, la sanción adecuada. La Escuela Clásica garantizaba de esta manera la personalidad del delincuente en sus derechos imprescriptibles, pero acababa por considerarla en función exclusiva del delito: la veía —son palabras de Mancini— bajo una campana de vidrio, perdiendo la noción de la concreta realidad individual y social, y reduciendo el ejercicio de la justicia a un mero silogismo.

La necesidad de recorrer nuevos caminos surgió imperiosa, también frente a la acentuación del fenómeno de la criminalidad; sin embargo,

como es sabido, correspondió a los estudiosos de la antropología criminal y no a los juristas la prioridad de la iniciativa. El descubrimiento del "delincuente nato", que tanto clamor suscitó, haciendo durante cierto tiempo célebre el nombre de César Lombroso, fue el punto de partida; y, cualquiera que sea su valor científico, valió para transferir los estudios de Derecho penal, ya reducidos a una dialéctica estéril y abstracta, a la persona concreta del delincuente.

II. De los postulados principales de la escuela lombrosiana se apoderó Enrique Ferri.

Su pensamiento puede ser fijado aproximadamente en un trayecto que va de su obra juvenil, *La teoría de la imputabilidad y la negación del libre albedrío* (1878), a la famosa *Sociología Criminal* (1891) y a los *Principios del Derecho Criminal* (1927), la obra que concluye y perfecciona la enseñanza de la Escuela Positiva.

El fundamento es de típico sello positivista, más precisamente naturalista y psicológico, y el método de indagación aspira a ser el experimental propio de las ciencias. El hombre es para Ferri un producto de la naturaleza y, en cuanto tal, está férreamente sujeto a sus leyes; por obra de tal determinismo no tiene ningún significado la libertad humana, que el autor identifica en el libre albedrío, y, por consiguiente, tampoco la llamada culpa moral. Así que es absurdo buscar el fundamento del derecho de castigar en los conceptos tradicionales de represión y recompensa. El delincuente responde de sus actos por el solo hecho que vive en la sociedad y la sociedad reacciona con la sanción penal a la alteración causada por el delito. La defensa social es, pues, el solo fin del derecho penal, y la responsabilidad social es, a un tiempo, el presupuesto y el fundamento del castigo.

Esta premisa básica, que ya encontramos desarrollada plenamente en la primer obra, se integra en un sistema que acoge los principios de la escuela de Lombroso, pero extendiéndolos en una más amplia acepción. En síntesis ha sido observado justamente como la antropología, la psicología y la sociología son los fundamentos de la Escuela Positiva, mientras la antropología era el solo considerado por la escuela de Lombroso, quien principalmente se había preocupado del problema médico-legal de la criminalidad¹.

También para Ferri el delincuente es un ser anormal, una varie-

dad del tipo común del hombre. No existe, sin embargo, un tipo único de delincuente, sino varios tipos, caracterizados por la prevalencia de los factores endógenos o exógenos de la delincuencia. Impónese por tanto una clasificación de los delincuentes, que, en un sistema inspirado en la personalidad del criminal debe sustituir la tradicional clasificación de los delitos. Así, junto al delincuente nato Ferri distingue el loco, el habitual, el pasional, y, por último, el ocasional.

Acercas del valor de tal clasificación —impuesta bajo el nombre de Ferri-Lombroso, a la que el autor aportó sucesivas modificaciones no sustanciales—, de sus límites y de su eficacia con relación a los tres momentos de la justicia: la ley, el proceso y la ejecución, hay tema para muchos volúmenes. En esta recapitulación baste decir que se trata de uno de los capítulos más amplios e interesantes de la Escuela Positiva, un capítulo que es el fruto de largas experiencias y observaciones, al cual tiene que recurrir quienquiera, estudioso o legislador, se resiste a convertir el derecho en una ciencia puramente abstracta. Magistral y útil complemento de tal clasificación es el estudio paralelo contenido en los *Principios*, de los factores de la delincuencia, estudio en el cual son examinadas las causas endógenas —las anomalías puestas de relieve por la antropología y la sociología, las enfermedades, etc.—, y las causas exógenas, que tienen raíces en el ambiente, tales como la costumbre, la educación, la vida en sociedad, la ocasión, etcétera; estudio que en concreto tiene siempre presente la premisa que “el fulcro de la ley penal es el delincuente por el delito cometido”.

De acuerdo con tales resultados —que hemos expuesto, aunque no todos, en sus líneas generales— Ferri desarrolla ampliamente el análisis de la peligrosidad del delincuente, y (éste es otro capítulo de importancia fundamental, que ha entrado en casi todas las legislaciones modernas), el de los motivos de la acción delictuosa. Conforme también con los presupuestos de la entera doctrina, suprime el concepto de una pena determinada, sustituyéndolo con el de una sanción por un tiempo indeterminado, por ser la más apta para asegurar la defensa de la sociedad y volver a adaptar al reo a la vida social.

El análisis del delito no ha sido descuidado en la obra de Ferri. La parte que ocupa en ella —basta recorrer los *Principios* para notarlo— no es pequeña, y es tratada no ya cual examen del delito entendido como entidad abstracta, como relación jurídica, según los principios

de la Escuela Clásica, sino como expresión de la personalidad viviente de aquel que lo comete.

III. Para dar un juicio sobre la Escuela Positiva estaría fuera de lugar desempolvar las muchas críticas que le fueron dirigidas en sus primeros años de vida. Fueron críticas a menudo ásperas y malévolas, generalmente no constructivas, o porque eran enderezadas a combatir el fundamento filosófico de la doctrina sin la base de una preparación seria, o porque encaminadas apriorísticamente a la defensa de posiciones ya entonces estériles o superadas. Tampoco es el caso de hacerse eco de las polémicas que se encendieron, y aún no se han apagado, en pro o en contra de la antropología criminal, que no encierra todo el pensamiento de Ferri. No nos proponemos reproducir tales cuestiones haciendo correr nuevamente los tradicionales ríos de tinta. Baste decir que para encontrar una crítica constructiva es preciso llegar a nuestros días, cuando asistimos a serios intentos de refutar el positivismo de Ferri sobre bases filosóficas diferentes. Tal es el de Hugo Spirito cuando contrapone inteligentemente al determinismo psicológico de Ferri el concepto gentiliano de la libertad humana, negando la identidad entre la libertad y el libre albedrío². Y tal es en el terreno más propiamente jurídico, el intento de Maggiore, quien desconoce el derecho de ciudadanía a la antropología entendida como historia natural del delincuente y concluye que la ciencia del derecho penal es "ciencia espiritualista", que "la antropología debe entenderse en el significado que le dieron Kant y sus sucesores, de ciencia que estudia al hombre en su totalidad espiritual"³.

Más merecedora aún de ser destacada resulta, sin embargo, la crítica, sustancialmente aceptada por los actuales secuaces de la Escuela Positiva, que en el campo metodológico se opone a la absorción del derecho penal por la sociología. Procediendo con objetividad, este aspecto de la doctrina de Ferri no debe ser exagerado. Si es cierto que él mismo constituye uno de los fundamentos de la *Sociología*, no es menos cierto que el autor nunca negó del todo la exigencia de una dogmática jurídica, y que, antes bien, en su obra de la madurez presentó una elaboración técnico-jurídica de los principios de la Escuela Positiva, que a los más ha parecido una rehabilitación de la dogmática

² HUGO SPIRITO, *Storia del Diritto Penale Italiano*, Roma, 1925.

³ GIUSEPPE MAGGIORE, *Obra citada*, pág. 87.

tradicional. Con todo, no cabe dudar que el derecho penal para Ferri es un elemento de la sociología.

Sobre el problema del método hoy están de acuerdo, en Italia y doquiera, todos los juristas de las diversas escuelas. El derecho penal es una ciencia jurídica y, como tal, autónoma. Y es un mérito del Tecnicismo Jurídico haber reivindicado aquella prerrogativa, nacida de una de las principales exigencias de la Escuela Clásica, delimitando lo que es el específico campo de actividad del derecho, y eliminando, de esta suerte, una confusión metodológica peligrosa.

La fuerza del Tecnicismo Jurídico, que hoy domina en Italia y al que debemos reconocer el mérito de muchas obras de valor, no debe empero hacer descuidar el lado opuesto de la cuestión ni, sobre todo, dejar en la sombra los aspectos vitales de la Escuela Positiva. No hace muchos años que se escuchó la admonición de un escritor recomendable entre los más objetivos, quien puso en guardia a los juristas contra el peligro de que la ciencia del derecho pueda convertirse de formal en formalista, de dogmática en arbitraria, de abstracta en vacía y vanilo-cuente, y ha indicado en la filosofía y en la historia las fuentes primeras de la universalidad y el sentimiento concreto a los que el derecho debe obedecer⁴.

Tal admonición no siempre es escuchada, y, frente a los peligros de una involución de cierta doctrina en el abstractismo absoluto de la Escuela Clásica, no se puede dejar de pensar en lo que ha sido la insuprimible conquista de la Escuela Positiva y de su autor, conquista que, para decirlo con las palabras del jurista antes citado, consiste "en haber bajado del cielo a la tierra el derecho penal volviendo a unir la ordenación jurídica con el delincuente y conciliado a éste con su histórica condición concreta, es decir, como realidad orgánica y psicológica íntimamente vinculada con el ambiente físico y social"⁵.

El valor y la función histórica representados por la Escuela de Ferri están señalados en tan exactísima proposición, que determina a un tiempo los límites de uno y otra. Se podrán discutir muchos de sus enunciados, algunos de ellos básicos, y otros considerados sin más, equivocados o superados, pero el descubrimiento del hombre delincuente como protagonista del derecho penal y muchos de los axiomas y coro-

larios que con él se relacionan son verdades de las que la ciencia jurídica ya no podría prescindir sin marcar una regresión.

Hoy todavía la Escuela Positiva es vital aun cuando haya perdido mucha de la importancia que tuvo un tiempo; y, confrontada con buena parte del Teñnicismo Jurídico, presenta la ventaja de una visión más extensa de las exigencias subjetivas del derecho penal. Reconocida la autonomía de éste y puestos en el camino del dogmatismo, los juristas que han sucedido a Ferri en la Escuela Positiva, reunidos en torno de la revista de ese nombre, han mantenido y mantienen vivos de ella los principales postulados. La antropología, la psicología y la sociología son puestas ampliamente a contribución, en la línea, no ya de un avasallamiento del derecho penal o de su confusión con ellas, sino de una recíproca relación, fecunda en resultados interesantes. Florian, Crispini, Altavilla, son nombres que hacen honor al maestro y dignos de figurar en cualquier historia del derecho penal.

La antropología criminal también ocupa un lugar junto a ciencias tales como la biología, la psiquiatría y la fisiología, despojada ya de los aderezos de la época lombrosiana y asentada sobre más válidas bases científicas, cual preciosa auxiliar. Precisamente deben ser señalados, junto a la dirección de la Escuela Positiva —que, por el método, puede decirse una dirección ecléctica— los intentos, circunscritos por ahora a la pura teoría de la criminalidad, de dar vida a orientaciones inspiradas, ya en la antropología de tipo lombrosiano (Pende y Vidoni), ya en orientaciones afines de naturaleza psicobiológica (Di Tullio), señales éstas de la persistente vitalidad de una ciencia cuya contribución sería absurdo evitar, sacrificándola, como ocurre en algunas doctrinas contemporáneas, a concepciones de puro carácter espiritualista o enteramente de inspiración religiosa.

Ciertamente, después del derrumbe del Positivismo como sistema filosófico, satisface muy poco a la razón una doctrina jurídica que en aquél hunde sus raíces. Pero, aparte de la consideración de que el pensamiento filosófico-jurídico moderno todavía no ha encontrado a un Ferri, es preciso no olvidar que a menudo conclusiones aceptables se vinculan con premisas erróneas y refutables (o pretendidas tales), aun cuando la derivación no sea rigurosamente lógica. Uno de los grandes méritos de Ferri y de su Escuela reside quizás en esto: que muchos de sus postulados se imponen independientemente de los presupuestos de naturaleza filosófica, porque generalmente tienen una

motivación en el principio de la realidad humana y social, verdadero en todos los tiempos y para todas las opiniones.

Frente a los intentos propiamente eclécticos la Escuela Positiva presenta la ventaja de una muy superior coherencia lógica y científica. Ello explica la vida efímera de las numerosas tentativas, antiguas y nuevas, de conciliar la Escuela Clásica y la Escuela Positiva, pero nos puede explicar naturalmente la tendencia ecléctica —hoy muy amplia— en el campo legislativo, donde el acercamiento de los polos opuestos tiene una razón de ser esencialmente práctica. Por fin, frente a las demás corrientes modernas del pensamiento jurídico que hoy podemos decir menores— lo mismo los positivistas que los juristas puros pueden jactarse de su preeminencia, pues aquellas corrientes, algunas de ellas dignas de nota, como el Idealismo del Espíritu y el Humanismo, de Lanza, han tenido, o bien crédito escaso o bien un desarrollo no muy extenso.

IV. La tarea erudita de ilustrar la influencia vastísima de la obra de Ferri sobre la literatura jurídica y la actividad legislativa del mundo entero resulta fácil. A quien desee refrescar las propias nociones de origen escolar le recomendamos la lectura de cualquier tratado de derecho penal: aquí basta recordar que la aparición de la Escuela Positiva originó una verdadera y propia revolución, cuyos efectos continúan, si no en el campo teórico, donde los entusiasmos se han debilitado en el curso del tiempo, sí en el de las codificaciones más modernas, que han abierto, cual más, cual menos, el camino a las principales innovaciones propuestas por Ferri.

Ciertamente no se cumplirá su profecía, cuando, ante tamaño fervor revolucionario había vaticinado la acogida integral de los principios de la Escuela Positiva en los códigos futuros por la mediación de los primeros proyectos de tendencia ecléctica. Sin embargo, volviendo al punto de partida, es un hecho innegable que la amplia consideración concedida a su obra por juristas y legisladores, desde el Extremo Oriente a América del Sur, es índice de una talla que no habrá de disminuir en un futuro próximo. Es la talla de aquel que siempre se preocupa por colocar al hombre en el centro de todas las cosas.

ALFONSO CORRADINI

Libros

TULIO HALPERÍN DONGHI: *Un conflicto nacional: moriscos y cristianos viejos en Valencia*. CUADERNOS DE HISTORIA DE ESPAÑA, ts. XXIII-XXIV y XXV-XXVI. Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras. Buenos Aires, 1955 y 1957.

Nada más difícil que retomar los temas profusa y repetidamente tratados, sobre todo aquellos que posiciones contemporáneas han estudiado para justificar o exculpar. Nada más alejado del verdadero quehacer histórico que la benevolencia o la saña. Tal vez esta reflexión —que encierra una verdad de Pero Grullo— no sea inoportuna ya que aún hoy perduran los historiadores de criterio finisecular. Podríamos recordar ahora las palabras que Henri Lapeyre stampa en su reciente obra *Une famille de marchands, les Ruiz*: "L'historien, on nous l'a souvent répété, a tout intérêt, à être au courant des réalités contemporaines. On pourrait aussi soutenir qu'il a tout avantage à les oublier, pour moins risquer d'habiller le passé à la mode du jour".

La labor de Halperín en el trabajo que comentamos —su tesis doctoral— hubo de ejercerse sobre un tema cuya realización encerraba casi inexcusablemente todos los inconvenientes anotados, tal era la expulsión de los moriscos. Pero tal vez esta enunciación del tema deforme el sentido que ha querido darle el autor. Por ello debemos referirnos —como él lo hizo— a ese "conflicto nacional" del Siglo de Oro, pues estaremos así ante un complejo planteamiento que en otro caso se minimiza y reduce a un hecho puntual y sin proyecciones. El propósito inicial "buscar el lugar de los moriscos en la vida económica y social valenciana" se ha ampliado sin duda alguna. No podría haber sido de otra manera; hubiéramos tenido, en caso contrario, una masa humana cuya ubicación, temporal y locativa, y su relación con otras comunidades humanas, se hubiera presentado con manifiesta carencia.

La profusión del tema deriva de los intereses —múltiples— que se ponen en juego en esa expulsión. Las generalizaciones —cálidas e inexcusables a veces— parcializan y empobrecen siempre aquello a que se refieren. En todos los problemas del siglo XVI ha influido ló-

gicamente la concepción que del siglo mismo se tiene. Bellas son las palabras de Azorín: "En el siglo XVI la patria verdadera era el ambiente religioso. La religión era la verdadera patria". Pero esta belleza estilística e incluso la verdad parcial que encierran no deben inducirnos a error. Ello nos llevaría a convenir —como durante largos años se ha hecho— que la determinante de la expulsión fue el celo religioso. Válida sería en tal caso también la tesis que ve en tal suceso el desenlace de un conflicto nacional. Pero —y preguntamos— ¿por qué no podría haber sido una fusión de ambos? De manera afirmativa nos contesta el autor de este trabajo que además nos habla largamente de los resortes de esas dos grandes causas. Busquemos, en rápido resumen, conocerlas. La geografía valenciana y sus derivaciones económicas se nos presentan de ordinario en una clasificación escolar y simplista. Por ello Halperín ha puesto buen cuidado en darnos el verdadero rostro de una Valencia que no se divide de manera tajante en zonas de regadío y seco. El intermedio, la derivación de uno a otro paisaje extremo importa en esa pintura total así como importan los cultivos —los clásicos y aquellos menos sospechados— de seco y huerta. Morera, vid, olivares, algarrobos, cereales y hortalizas permiten al seco el triunfo de una industria extralocal, sobre todo los dos primeros cultivos mencionados; la pequeña ganadería lugareña y la trashumancia de los lanares castellanos y aragoneses completan esa visión del seco valenciano superado lógicamente por la abundancia y las derivaciones comerciales de los productos de la huerta. Ésta, además de sus célebres frutas y hortalizas, conocerá el azúcar y su industrialización que, en manos de alemanes, extenderá sus productos a través de Europa. La vid y la morera se dan también con profusión en la huerta y sus industrias derivadas colocan a Valencia en situación de ofrecer a los reinos peninsulares y europeos su vino y su seda, la que, juntamente con el arroz, representa el más importante producto valenciano de exportación. Un bienestar inigualable derivaría, pues, de esta poco variada pero abundante producción agrícola. La carencia, sin embargo, se manifiesta en dos importantísimos elementos: trigo y carne. Mucho se ha hablado de la penuria triguera valenciana salvada por las importaciones castellanas y por mar, desde los mercados europeos. Toda esa vida está concentrada en Valencia, ciudad, hasta su decadencia —con las germanías— y su substitución por Alicante, como primer emporio comercial e industrial de ámbito europeo. Honda repercusión tendrá el movimiento agermanado en la estructura económica y social del reino. Por una parte el encumbramiento de la nobleza a la que la revuelta permite medrar y extender sus posesiones campesinas y que verá surgir a su lado una burguesía adaptada a los nuevos módulos de vida. Por otra, esa nueva vida de Valencia vuelta al campo que la circunda. Este período de historia valenciana se ve signado por dos fenómenos difi-

ciles de superar: el aumento de precios y el demográfico que, a pesar de obstaculizar, no impiden esa etapa de la realización valenciana. Para conocer el aumento de población mencionado se refiere Halperín a los censos realizados en diversos años: los de 1565-1572, 1509, 1646 que, aunque incompletos, permiten deducir dicho aumento, aumento que se hace patente no en los lugares importantes o de huertas, sino en aquellos más rústicos cuyo crecimiento refleja esa segunda etapa de vida valenciana a que nos refiriéramos. Lugarcillos de preferente población morisca. La convivencia de cristianos nuevos y viejos se manifiesta de manera diversa en los diferentes lugares, dándose con mayor intensidad en los centros más importantes. La distribución es irregular, ya en secano ya en huerta, de esos cristianos viejos y de esos moriscos que, frugales y austerísimos, viven preferentemente en relación de vasallos señoriales, ya que los señores encuentran mayor posibilidad de ejercer en ellos sus derechos o sus excesos. La defensa que harán los señores de sus vasallos representa lo mucho que de ellos obtenían y el rendimiento de éstos. Pero la superpoblación y la estricta adscripción de esos labradores señoriales hace que los moriscos se lancen a los quehaceres del comercio y la industria, cuya excelencia o mediocridad ha dividido a diversos grupos de historiadores. Los moriscos serán artesanos de industrias menores, oficiales textiles, ceramistas. Con su labor no alimentaron, sin embargo, una poderosa industria. Los productos elaborados fueron importados cada vez en mayor cantidad y entre los elementos exportados figuraron aquellos que, como la seda sin industrializar, podrían haberlo sido en el mismo reino. El comercio morisco ha de realizarse en pequeña escala. Los innúmeros caminos de Valencia son recorridos por quienes unen a sus afanes de pequeños comerciantes sus actividades de usureros.

Pero este esquema no habla en modo alguno de una estructura morisca que supere la individualidad. Por ello encara el autor el estudio de esa "nación" desde tres puntos de vista al referirse a los soportes materiales de esa solidaridad, a la solidaridad religiosa y a la solidaridad política y nacional. El primero de ellos analiza las relaciones de esas comunidades moriscas con los grandes señores cristianos, relación que obliga a muchas concesiones y que pone a la aristocracia de cristianos nuevos en situación de indudable dependencia por un lado, que le permitirá ejercer su dirección y amparo sobre la masa morisca por otro. Habla, además, del gobierno de la aljama por esa clase de moriscos ricos, la ubicación de la riqueza morisca, la exclusión como modo de vida de ciertas actividades improductivas y comprometidas. El segundo apartado nos habla de esa vida religiosa que se desarrolla debajo de una aparente ortodoxia cristiana: el respeto de fiestas y prácticas establecidas: Ramadán, circuncisión, casamiento y muerte acompañados de ritos especiales, incluso prácticas alimenticias particulares. Todo vivo y perdurable merced a la com-

placidez de los grandes señores cristianos viejos y a la blandura o indiferencia de los sacerdotes. Ello llevará a esa comunidad morisca a la solidaridad nacional. La conciencia de unidad ha de permitir a esa comunidad ponerse en relación con otras tierras en que florezca el Islam. El África ha de ser lógicamente la referencia más cercana de esa identidad de fe y hacia ella se vuelven y a ella van los moriscos valencianos. No siempre la vigilancia de los cristianos viejos impidió esa salida, pero más que un impedimento oficial cuenta para disminuir ese éxodo la enemiga de los señores que ven por él disminuir sus utilísimos elementos de explotación rural. Pero es necesario establecer estadios cronológicos en las relaciones de esas dos comunidades islámicas separadas por el mar, más estrechas en ciertos períodos, tibias a veces, pero que dejan como saldo indudable la identificación de la Valencia morisca con sus hermanos de fe africanos.

Este estado de cosas obliga a analizar las circunstancias de la conversión y evangelización ocurridas en el período que se extiende entre 1520 y 1570. La germanía aparece una vez más como causa determinante: la fidelidad de los moros a sus señores cristianos viejos lleva a los agermanados, en un movimiento de represalia a bautizarlos por fuerza; luego, la Iglesia, que trata de olvidar la escasa espontaneidad de la conversión, toma especial cuidado en mantenerla.

Esa característica del primer momento se repetirá en las siguientes oportunidades en que vuelva a intentarse la conversión total. El año de 1525 ve incluso a tropas alemanas batir la sierra para obligar a la nueva fe a los reacios. Éstos a su vez tendrán junto a sí a los grandes señores, sus aliados de siempre.

La Iglesia está también dividida en cuanto a procedimientos. Sabemos de la blandura de fray Hernando de Talavera, opuesta al rigor de otros sacerdotes y a la indiferencia inquisitorial que en este primer período se desentiende del proceso. A estos choques y violencias suceden momentos de calma en que la vida vuelve a transcurrir como antes con algunos brotes de celo por las autoridades que se lanzan a la organización de parroquias moriscas, por ejemplo, abandonadas a pesar de ello, constantemente desprovistas del servicio debido. Pero tal situación, que comienza a considerarse anormal, desembocará en dos episodios sucesivos y complementarios, primero, la represión y predicación que va desde 1571 a 1609 y, en este último año, la expulsión. Los dos primeros términos se nos aparecen como excluyéndose mutuamente. Y de esa exclusión saldrá el desenlace. Nuevos sentimientos aparecen en este momento representando vanas esperanzas, ciegas sañas. Las profecías se multiplican de uno y otro lado para fortificar la suposición vehemente del triunfo final. Y un profundo sentimiento de odio se ve surgir ahora en la clase baja; los plebeyos se revuelven contra los odiados moriscos, esgrimiendo como arma de supremacía su limpieza de sangre. Aparece también, y esto es lo más importante,

la posición estatal que enfrenta el problema de distinta manera, ahora es una situación por solucionar en el plano político. Un abismo de diferenciación incluso racial se abre entre las dos comunidades, y la prédica se hace sin convicción, mientras el tribunal inquisitorial ejerce con rigor su autoridad represiva. Una ola de desconfianza mina las relaciones entre los mismos miembros de la nación morisca que, de tal manera, pierde su íntima fuerza. La expulsión por fin no será obra de un momento. Se gesta lentamente, determinadas esas alternancias por los intereses en juego. Los señores, deseosos de conservar sus productivos vasallos; los moriscos, presa de un espíritu de rebeldía que los impulsa luego —en 1609— a un éxodo sin resistencia a pesar de algunas tentativas —interesadas lógicamente— de retenerlos.

Pero lo que más importa es la situación de Valencia, realizado el abandono de la tierra por parte de los moriscos. Las grandes esperanzas de aquellos que confiaban en esa ausencia para medrar, quedaron frustradas. No era fácil hacer producir a las tierras abandonadas sin elementos apropiados y teniendo que sufrir las cargas de señores o las de los censalistas. Realizada la repoblación en condiciones no demasiado liberales, el descenso del índice demográfico se muestra visiblemente en las zonas más pobres, mientras que el exceso se acentúa en las ya superpobladas del litoral y de huertas. Con palabras de Halperín digamos que "el espectáculo del reino así salvado era melancólico".

Posiblemente nos hayamos excedido en el resumen de este largo trabajo sin lograr tal vez reflejar toda su excelencia. A la inteligencia del planteo se une la claridad y amenidad de la exposición, de tal modo que llegamos sin cansancio y luego de una fructífera lectura, al cabo de las muchas páginas de esta valiosa monografía, valiosa por sí y por sus proyecciones de ejemplaridad.

NILDA GUGLIELMI

ENRIQUE ANDERSON IMBERT: *Qué es la prosa*. Editorial Columba, Buenos Aires, 1958. Colección Esquemas n° 37.

Anderson Imbert, en su ensayo *Qué es la prosa* recientemente publicado por Columba en la colección Esquemas, pone nuevamente a prueba su rara capacidad de síntesis y claridad de expresión. Ya nos tiene dadas constancias de estas características suyas en su *Historia de la literatura hispanoamericana*; allí agregaba además una lúcida visión de tan complejo y heterogéneo conjunto, formulada en afirmaciones con fuerza de definición. Este afán clarificador y ordenador de lo naturalmente complejo es tan de su personalidad que llega a darse en la propia creación artística (*Fuga* y *Las pruebas del caos*, son dos

intentos de dominar descriptivamente una realidad sin lógica e inexplicable).

La tarea de aclarar qué puede ser la prosa, se desarrolla en 55 páginas divididas en diez partes que el autor llama capitulillos; estas páginas están respaldadas por más de cuarenta fichas bibliográficas trascritas al final; la lista está formada "con preferencia, por escritos contemporáneos de la cultura occidental", y no quedan dudas al respecto. Herbert Read, Ernest Cassirer, Susanne K. Langer o Wittgenstein, Marías, Jespersen y Croce, dan sólido apoyo estético-filosófico al ensayo.

No se ocupa Anderson en encontrar una definición que conforme a todos; desde el principio da por sentado que la prosa es indefinible en la medida en que lo es toda actividad humana (pág. 9), y agrega: "A la actividad humana cabe caracterizarla históricamente, no definirla". En realidad se trata de falta de criterios suficientemente amplios y seguros que indiquen cuáles son los fundamentos objetivos que distinguen a la prosa en todas las manifestaciones literarias a través del tiempo y las literaturas. No obstante, Anderson Imbert arriesga una "teoría de la prosa" en la que propone criterios de diferenciación e identificación, que pueden ser base para una definición de la misma.

Con fluidez de diálogo, frecuentes interrogantes y respuestas consecutivas, que dan a "su" prosa agilidad y agregan hasta interés policiaco al tema, Anderson se pregunta en primer lugar sobre el lenguaje mismo, para luego caracterizar las actitudes del espíritu que llevan consigo una forma, un orden dado que culmina en un género determinado. Los géneros no deben concebirse ya como separados unos de los otros: en la realidad se entrecruzan y coexisten sin claras fronteras divisorias. En cambio se apoyan en valores distintos. Las actitudes prácticas, intelectuales o expresivas que caracterizan a la oratoria, la ciencia y la poesía, persiguen, respectivamente: un valor de conducta, el Bien; un valor lógico, la Verdad, y un valor estético, la Belleza. Estos géneros se pueden expresar en dos formas: verso o prosa. Ninguno tiene el uso exclusivo de cualquiera de las dos.

Ya de lleno en el campo del lenguaje escrito hay que señalar las diferencias que separan la prosa del verso. Para Anderson Imbert la diferencia está en el ritmo particular de cada una de las formas. Entiende por ritmo una estructura móvil de sensaciones sucesivas. Esta estructura está manejada por el hablante mediante la entonación, los acentos, la duración relativa de las unidades de la lengua y la intencionada repetición de complejos sonoros: la diferencia entre verso y prosa depende de cómo se distribuyen esas sensaciones sucesivas. Conste que no se habla de poesía sino de verso; la poesía está presente, por sobre las diferencias formales, en toda expresión intuitiva personal, íntima e imaginativa (pág. 19).

La palabra *ritmo* corresponde más bien al verso. No hay una que distinga esta distribución de los elementos sensibles en la prosa, y Anderson la designa como *ritmo de la prosa*. El ritmo en el verso se relaciona exclusivamente con la sonoridad. La unidad del verso es unidad sonora y no tiene en cuenta las unidades sintácticas o de significación. El ritmo de la prosa, en cambio, está estrechamente relacionado con el sentido. Los signos de puntuación y las pausas (que en el verso separan unidades sonoras aunque quiebren unidades sintácticas y aun palabras) tienen, en la prosa, la misión de separar, para su mejor comprensión, unidades sintácticas con sentido.

Éste es el criterio divisorio; en cuanto a los posibles casos fronterizos... "hay que tener en cuenta el designio del escritor" (pág. 30).

El área de la prosa, así "acorralada", presenta, sin embargo, tal variedad por su amplitud, que necesita una clasificación clarificadora. De esta manera se separa la prosa elocuente (retórica, que aunque escrita, "debe juzgársela como si fuera oral"), la prosa discursiva (que aspira a "formular juicios verdaderos" y describe la realidad objetiva, impersonalmente), y la prosa literaria. A esta última está dedicado el décimo capitulo que comprende las veintidós últimas páginas, la tercera parte del ensayo.

La prosa literaria es, por supuesto, la de la literatura. Para una revisión de ella se hace necesaria la elección de una de sus múltiples formas y Anderson Imbert elige la novela. Entiende por prosa literaria, "aquella forma escrita cuya intención sea presentar, imaginativamente, fragmentos de una confesión personal" (pág. 40).

Que Anderson eligiera la novela y no el cuento, o el drama o las memorias para esta revisión de conceptos y formas es una prueba más de su noble interés por aprehender lo complejo y reducirlo y aclararlo sin simplificaciones fáciles. Sin embargo, después de sus vertiginosas enumeraciones, de una sagaz selección de autores y títulos, de tan copiosa como sintética ejemplificación a través de todas las literaturas europeas y americanas de renombre, de diálogos interiores en los que se propone y rechaza teorías y divisiones, en ese su modo tan personal, en el que no se evitan imágenes natatorias mezcladas con perspicaces aproximaciones al estilo de Miró ("Las novelas de Miró se nos presentan de costado, en estilo "over", hundiendo el cuerpo por el lado de la realidad común y levantando sobre la línea de flotación un brazo que corta el agua y nos hace señas desde lejos: la mano nos envía mensajes líricos" (pág. 56), después de deslizar tecnicismos de prosapia estructuralista ("Palabras que se enlazan en sintagmas, sintagmas en oraciones..." (pág. 59), es difícil adivinar qué puede aprovechar de esta síntesis brillante el gran público lector de la colección Esquemas.

Concretamente, pienso que una afirmación como la que sigue: "La historia del realismo —de Galdós a Cela y de Payró a Onetti,

de D. H. Lawrence a Joyce Cary y de Dreiser a James Gould Cozzens, de Zola a Genet, de Dostoievsky a Sholokhov, de Verga a Moravia, de Wilhelm Raabe a Arthur Koestler— registra los parciales ingresos de las cosas en las letras", sólo es comprensible, y puede valorarse su selección polémica, si se tiene idea de quiénes son, no digo ya W. Raabe o Sholokhov, sino tan sólo nuestro Onetti o el estridente Genet.

Decenas de ejemplos de las más variadas formas de la novela, tomados de autores de todas las latitudes, asombrarán, por sus diferencias fundamentales dentro del mismo género, al lector desprevenido y le harán desechar versiones simplistas de problemas de suyo complejos. Pero ciertas enumeraciones en las que no puedo dejar de sentir una intención humorística (horrible humorismo), deben desconcertar al lego sin mayor beneficio para la comprensión del tema: "En este punto de la sintaxis trabaja la estilística o ciencia de los estilos. Oraciones en que cada palabra desempeña una función sintáctica diferente y corre como un río por un cauce único, y oraciones en que, por desempeñar varias palabras la misma función sintáctica, la progresión se plurifica y aun subplurifica —en paralelismos y correlaciones— como un río que se dividiera y subdividiera en brazos para volver finalmente al cauce principal; transposiciones de las funciones gramaticales normales; inversión del sujeto; construcciones nominales; ritmos en el orden verbal de yuxtaposiciones, coordinaciones y subordinaciones; anacoluto, asíndeton, polisíndeton, hipérbaton, elipsis, zeugma; tiempos y modos verbales; sistemas de puntuación, etc. Más cerca todavía de la creación artística, la estilística estudia los desvíos de la prosa literaria con respecto al código que rige la lengua de una comunidad; desvíos que son invenciones verbales para nombrar los descubrimientos estéticos del escritor. La metáfora, desmenada, capitanea a todos los otros simpáticos delincuentes de la lengua: catacresis, metonimia, sinécdoque, silepsis, onomatopeya, hipérbole, oxímoron, litote, prolepsis, ironía, paradoja, alusión, hendíadis, paronomasia, hipálage. La estilística de la prosa literaria estudia estas travesuras en los procedimientos del impresionismo y el expresionismo: vivificación de las cosas, personificación, comparación de impresiones entre sí y comparación de los estados de ánimo con el proceso de la naturaleza, la endopatía, la sinestesia, etc. En fin, que la estilística, mejor que ningún otro método, ha descrito la oleada de poesía que se abre paso por las palabras y anega la prosa." (pp. 60/61)

De cualquier modo, prescindiendo de la calidad intelectual de los lectores que sean capaces de apreciarlo; éste es un ensayo de afectuosa comunicabilidad y provechosa lectura, en el que ese valioso afán de claridad y síntesis mencionado al principio tropieza con un uso no siempre apropiado de tecnicismos lingüísticos (fonología por fonética, por ejemplo, en la página 69).

ISAÍAS LERNER



Ediciones del "Colegio Libre"

REIMPRESION

LISANDRO DE LA TORRE, OBRAS III Escritos
y discursos \$ 25

Contiene el volumen:

INTERMEDIO FILOSOFICO

LA CUESTION SOCIAL Y LOS CRISTIANOS SOCIALES

La cuestión social y un cura

La India cuna de mitos — El Pentateuco hebreo

Navidad y Reyes

Los historiadores y Jesús

Panorama a vuelo de pájaro

Carta a un amigo

GRANDEZA Y DECADENCIA DEL FASCISMO

Distribuye la EDITORIAL LOSADA, Alsina 1121, Bs. As.

URUGUAY

CHILE

PERU

COLOMBIA

Colegio Libre de Estudios Superiores

CONSEJO DIRECTIVO

Titulares: Margarita Argúas (tesorera), José Babini, Roberto F. Giusti, José González Galé, Juan Mantovani, Luis Reissig (secretario), Francisco Romero, José Luis Romero, Juan S. Valmaggia. Suplentes: Vicente Fatone, Nicolás Halperín, Lorenzo R. Parodi. — Secretarios de Filiales: BAHIA BLANCA: Pablo Lejarraga, O'Higgins 408. ROSARIO: María Aurelia Morello, Uriarte 535.

DEL ACTA DE FUNDACION (20 de mayo de 1930):

La formación del Colegio Libre de Estudios Superiores, expresión de la iniciativa privada, responde al siguiente fin:

Constará de un conjunto de cátedras libres, de materias incluidas o no en los planes de estudio universitario, donde se desarrollarán puntos especiales que no son profundizados en los cursos generales o que escapan al dominio de las Facultades.

Ofrecerá sus cátedras a profesores universitarios de reconocida autoridad y a las personas que fuera de la Universidad se hayan destacado por su labor personal.

También organizará conferencias aisladas y fomentará los trabajos monográficos y las investigaciones originales, como complemento de los cursos del Colegio.

Ni Universidad profesional, ni tribuna de vulgarización, el Colegio Libre de Estudios Superiores aspira a tener la suficiente flexibilidad que le permita adaptarse a las nuevas necesidades y tendencias.

Germen modesto de un esfuerzo en favor de la cultura superior, espera la contribución material, intelectual y moral de todas las personas interesadas en que aquélla sea un elemento de acción directa en el progreso social de la Argentina.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Talleres Gráficos
CONTINENTAL
Lavalle 1671

PRECIO \$ 15.—